

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

Un mes	4 rs.
Tres meses	10
Seis meses	20
Un año	38

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias, en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

FRANCO DE PORTE

Un año 48 rs.
Con la facilidad de efectuar el pago en una, dos, tres ó cuatro veces, anticipado.



Tipo de un soldado marroquí, muerto en la última acción de la guerra de Africa.

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion. — Véase el n.º 66).

LX.

LA FORTALEZA.

—¡Alerta! alerta! exclamó el conde levantándose con viveza; aprovechemos el terror de los araucanos para apoderarnos del general.

—Aguarda un instante, dijo flemáticamente

Curumilla deteniéndole, la partida no es igual; mire mi hermano.

En efecto, una multitud de indios desembocaba del desfiladero.

Pero estos se mantenian firmes.

Cerrados en masa retrocedian paso á paso, no como cobardes que huyen, sino como guerreros que abandonan altivamente el campo de batalla que renuncian á disputar por mas tiempo, y que se retiran en buen orden.

En la retaguardia, un peloton de unos cien hombres, sostenian aquella retirada valerosa.

Dos jefes montados en escelentes caballos iban de uno á otro, y hacian frente al enemigo invisible que les hostigaba.

De pronto estalló un fuego de fusileria con un

silbido siniestro, y aparecieron algunos ginetes chilenos dando una carga.

Los indios, sin retroceder una linea, los recibieron con las puntas de sus largas lanzas.

La mayor parte de los fugitivos, diseminados por la llanura, se habian reunido á sus compañeros y hacian frente al enemigo.

Hubo un combate de algunos minutos al arma blanca.

Los aventureros quisieron tomar parte en él. Salieron cuatro tiros de la fortaleza improvisada, cuya cumbre se coronó con una aureola de humo.

Los dos jefes indios rodaron por el suelo.

Los araucanos lanzaron un grito de terror y de rabia, y se precipitaron hácia delante, con el

fin de evitar que se apoderasen de sus jefes, á quienes los chilenos envolvian ya.

Pero Antinahuel, con la rapidez del relámpago, y el Ciervo Negro, porque eran ellos, habian abandonado sus cabalgaduras y se levantaron blandiendo sus armas y lanzando su grito de guerra.

Ambos estaban heridos.

Los chilenos, cuya intencion era únicamente rechazar á sus enemigos fuera del desfiladero, se retiraron en buen órden y desaparecieron muy luego.

Los araucanos continuaron su retirada.

La llanura que dominaba la torre de rocas cuya cumbre estaba ocupada por los cuatro hombres, no tenia, cuando mas, sino una milla en su mayor anchura; no tardaba en estrecharse, y en el extremo de ella se alzaba una selva virgen, cuyo terreno, alzándose gradualmente, concluia á lo lejos por confundirse con las montañas.

Los araucanos continuaron marchando en masa, atravesaron la llanura y se internaron en el bosque.

El general Bustamante hacia mucho tiempo que habia desaparecido.

Los indios no habian dejado detrás de sí mas que los cadáveres de sus enemigos y los de los caballos muertos por Luis y sus compañeros, sobre los cuales comenzaban á revolotear los buitres lanzando sus gritos agudos y discordantes.

La llanura habia recobrado su apariencia tranquila.

—Podemos continuar nuestro camino, dijo D. Tadeo levantándose.

Curumilla le miró dando muestras de una sorpresa profunda, pero sin contestarle.

—¿Por qué es esa sorpresa, jefe? repuso don Tadeo. Ya lo ve V., la llanura está solitaria, los araucanos y los chilenos se han retirado cada cual por su lado. Segun creo, podemos proseguir nuestro camino sin peligro alguno.

—Vamos, jefe, dijo el conde, conteste V. Ya sabe que el tiempo nos urge. Nuestros amigos nos esperan. Nada mas tenemos que hacer aquí: ¿por qué hemos de permanecer en este sitio?

El indio les mostró con un gesto la selva virgen y dijo:

—Hay demasiados ojos ocultos.

—¿Crée V. que nos vigilan? preguntó Luis.

El jefe inclinó afirmativamente la cabeza y replicó:

—Sí.

—Se equivoca V., jefe, repuso D. Tadeo; los araucanos han sido derrotados, han logrado proteger la fuga del hombre á quien querian salvar; ¿por qué se han de obstinar en permanecer aquí en donde nada tienen que hacer?

—Mi padre no conoce los guerreros de mi nacion, dijo Curumilla con supremo acento de orgullo; nunca dejan al enemigo detrás de sí mientras tienen esperanza de destruirle.

—¿Y qué significa eso? interrumpió D. Tadeo con impaciencia.

—Que Antinahuel ha sido herido por una bala que ha salido de un fusil disparado desde este sitio, y no se alejará sin vengarse.

—No puedo admitir eso; nuestra posicion es inespugnable. ¿Son águilas los araucanos para volar hasta aquí?

—Los araucanos son prudentes, contestó el

Ulmen; aguardarán á que los viveres de mis hermanos se hayan agotado á fin de cogerlos por medio del hambre.

D. Tadeo quedó sorprendido por las razones llenas de exactitud del jefe indio, y nada halló que contestarle.

—Sin embargo, no podemos permanecer así, dijo el jóven. Admito que tenga V. razon, jefe, y entonces es incontestable que dentro de algunos dias, caeremos en manos de esos demonios.

—Sí, dijo Curumilla.

—Confieso, repuso el conde, que esa perspectiva no es muy halagüena para nosotros; pero no existe una posicion tan mala, de la cual no se pueda salir con valor y con destreza.

—¿Tiene mi hermano un medio? preguntó el Ulmen.

—Quizás sí; no sé si es bueno, pero en todo caso héle aquí. Dentro de dos horas será ya de noche, dejaremos que las tinieblas se condensen, y cuando creamos que los indios se hayan entregado al sueño, nos marcharemos de aquí con el mayor sigilo.

—Los indios no duermen, dijo Curumilla friamente.

—¡Voto al diablo! exclamó enérgicamente el conde, en cuya mirada brilló una espresion marcial; entonces, si es preciso pasaremos por encima de sus cadáveres, pero nos escaparemos.

Si Valentin hubiese podido ver en aquel momento á su hermano de leche, le habria causado profundo júbilo la energía que por primera vez estallaba en él. Era porque Luis estaba enamorado, porque queria ver de salvar á la mujer á quien amaba y porque el amor tiene el privilegio de producir prodigios.

—Pues ese plan, dijo D. Tadeo, me parece que tiene algunas probabilidades de buen éxito. Creo que hácia la mitad de la noche podemos intentar ponerlo en ejecucion, y si no lo conseguimos, siempre nos quedará el recurso de refugiarnos aquí.

—Bueno, contestó Curumilla, haré lo que mis hermanos deseen.

Juan no habia tomado parte alguna en la conversacion. Sentado en el suelo y apoyado de espaldas en un trozo de roca, fumaba con toda la indolencia del indio cuya natural quietud no alcanza á turbar preocupacion alguna.

Los araucanos, por lo general, son así. Pasado el momento de obrar, juzgan inútil cansar sus facultades, que prefieren guardar para cuando necesiten servirse de ellas, y gustan de gozar del presente sin pensar en cuidarse del porvenir, á no ser que vayan de jefes de una expedicion y que toda la responsabilidad de un triunfo ó de una derrota pese sobre ellos, en cuyo caso, por el contrario, muestran una vigilancia extraordinaria y solo se fían de sí mismos para hacerlo y prepararlo todo.

Desde que por la mañana habian salido de Valdivia, los cuatro hombres no habian tenido tiempo para satisfacer el apetito que comenzaba á molestarles seriamente, y resolvieron aprovechar el reposo en que les dejaban sus enemigos para saciar su hambre.

Los preparativos de la comida no fueron largos. Como no estaban seguros de que los indios conociesen su posicion, y como en todo caso era preferible dejarlos en la duda y hacerles suponer

que se habian retirado, no encendieron fuego. Así, pues, la comida se compuso solo de harina tostada desleida en agua, alimento muy insípido, pero que la necesidad hizo que los aventureros juzgasen excelente.

Hemos dicho que se hallaban abundantemente provistos de viveres. En efecto, economizándolos tenian para mas de quince dias; pero el agua que poseian solo se componia de seis botas llenas que contendrian como unos sesenta litros, y por eso lo que mas temian, si llegaban á verse obligados á sostener un sitio, era la sed.

Cuando hubo terminado su frugal comida encendieron filosóficamente sus cigarrillos y fumaron con la vista fija en la llanura y aguardando la noche con impaciencia.

Trascurrió así cerca de media hora sin que nada fuese á turbar la calma de que disfrutaban los aventureros.

El sol bajaba rápidamente en el horizonte; el cielo habia tomado un color mas sombrío; las lejanas cumbres de las montañas se ocultaban bajo espesas nubes de niebla; en fin, todo anunciaba que la noche iba á tardar muy poco en tender sus alas sobre la tierra.

De pronto, los buitres que se habian precipitado en número considerable sobre los cadáveres que estaban devorando, tomaron vuelo y se alzaron tumultuosamente por los aires lanzando gritos inarticulados.

—¡Oh! oh! dijo el conde, ¿qué pasa allá abajo?..... esa derrota anuncia algo nuevo.

—Probablemente sabremos muy pronto á qué atenernos, y si estamos cercados, como el jefe supone, añadió D. Tadeo.

—Ya verán mis hermanos, repuso Curumilla con una sonrisa maliciosa.

Un cuerpo de tropas compuesto de unos cincuenta lanceros chilenos, acababa de salir al trote largo del desfiladero.

Al llegar á la llanura oblicuó un poco á la izquierda y se encaminó por el sendero que conduce á Santiago.

D. Tadeo y el conde procuraban en vano conducir á los hombres que componian el destacamento, y sobre todo al jefe que los mandaba.

Las tinieblas eran ya muy densas.

—Son rostros pálidos, dijo friamente el Ulmen cuyos ojos penetrantes habian conocido desde luego á los que pasaban.

Entre tanto los ginetes continuaban pacíficamente su camino, y parecian estar exentos de toda inquietud, lo cual era fácil descubrir porque llevaban sus carabinas á la espalda y sus largas lanzas colgadas descuidadamente del brazo, en términos que apenas conservaban el órden de formacion.

Aquellos ginetes componian la escolta que don Gregorio Peralta habia dado á D. Ramon Sandias para acompañarle hasta Santiago.

Se acercaba cada vez mas á los espesos jarales que se encontraban situados cual centinelas avanzados á cierta distancia delante de la selva virgen, en cuyas profundidades iban á tardar muy poco en desaparecer, cuando un grito de guerra, horrible, repetido por los ecos de las quebradas, resonó cerca de ellos, y una lluvia de araucanos los atacó con furor por todos lados á la vez.

Los españoles, cogidos de improviso, aterrados

dos por aquel ataque súbito, solo opusieron una resistencia débil y se desbandaron en todas direcciones. Los indios los persiguieron con encarnizamiento, y muy luego fueron todos cogidos ó muertos. Un pobre diablo que habia huido en direccion de la roca donde estaban los aventureros, anhelosos y aterrados por aquella matanza espantosa, fué á caer ante su vista con el cuerpo atravesado de parte á parte de un lanzazo. Luego como por encanto, todos, indios y chilenos, desaparecieron en el bosque.

La llanura volvió á quedar tranquila y solitaria.

—¡Vamos! dijo Curumilla á D. Tadeo; ¿qué piensa mi padre? se han retirado los indios?

—La prevision de V. era exacta, jefe; tengo que convenir en ello. ¡Ay Dios! añadió con un suspiro que parecia un sollozo, ¿quién salvará á mi pobre hija?

—¡Yo! vive Dios! exclamó resueltamente el conde; escuche V., jefe, hemos cometido la increíble necedad de meternos en esta ratonera, y es preciso salir de ella á toda costa. Si Valentin estuviera aquí, su imaginacion viva nos suministraria algun medio para ello, estoy convencido. Voy á separarme de VV. Diganme dónde está, le traeré conmigo y veremos si ese conjunto de demonios podrá detenerme.

—¡Gracias! dijo D. Tadeo con vehemencia; pero no es V., amigo mio, sino yo quien ha de acometer esa empresa aventurada.

—¡Quite V. allá! dijo alegremente el jóven, déjeme V. obrar, que estoy seguro de que triunfaré.

—Sí, dijo el Ulmen, mis hermanos los rostros pálidos tienen razon. Trangoil Lanec y mi hermano el de los cabellos de oro nos son indispensables. Un hombre irá á buscarlos, pero ese hombre será Juan.

—Conozco la montaña, dijo entonces este tomando parte en la conversacion; los rostros pálidos no saben las tretas indias, son ciegos de noche, se extravarian y caerian en un lazo. Juan se arrastra como la vibora, tiene el olfato del perro bien adiestrado y los encontrará. Antinahuel es un conejo ladron de las Serpientes Negras, y Juan quiere matarle.

El indio, sin añadir una palabra, se quitó su poncho, se lo puso á manera de faja y se dispuso á marchar.

Curumilla cortó con su cuchillo un pedazo de su poncho, de cuatro dedos poco mas ó menos, y se lo entregó á Juan diciéndole:

—Mi hijo le dará esto á Trangoil Lanec á fin de que conozca de parte de quien va, y le referirá lo que ha sucedido aquí.

—¡Bueno! dijo Juan guardando el pedazo en su cintura; ¿dónde encontraré al jefe?

—En la tolderia de San Miguel, donde nos está aguardando.

—Juan va á marchar, dijo el indio con nobleza, si no desempeña su encargo será porque le hayan dado muerte.

Los tres hombres le estrecharon cariñosamente la mano.

El indio les saludó y comenzó á bajar. Al último reflejo de la luz del dia, le vieron llegar arrastrándose á los primeros árboles de la montaña del Corcovado. Cuando hubo llegado allí, hizo

con la mano una señal de despedida y desapareció en medio de la crecida yerba.

Los aventureros se estremecieron.

Un disparo de fusil, seguido casi inmediatamente de otros, acababa de estallar en la direccion que tomara su emisario.

—¡Ha muerto! exclamó el conde lleno de desesperacion.

—Quizás sí, contestó Curumilla vacilando; Juan es un guerrero prudente, solo que mis hermanos ven que la fuga es imposible y que estamos realmente cercados.

—¡Es verdad! murmuró D. Tadeo abrumado de pesar.

Y dejó caer la cabeza entre ambas manos.

LXI.

PROPOSICIONES.

No tardó la oscuridad en envolver la tierra y confundir todos los objetos.

Las tinieblas eran muy densas. Negros nubarrones corrian pesadamente por el espacio y ocultaban el disco pálido de la luna.

Un silencio mortal pesaba sobre la naturaleza. De vez en cuando era interrumpido por los siniestros gritos de las fieras ó los silbidos del viento entre las ramas de los árboles.

En vano los tres hombres refugiados en las rocas, se cansaban la vista procurando distinguir los objetos, pues en torno de ellos todo era oscuridad.

A largos intervalos, algunos ruidos indefinibles subian hasta la plataforma en la cual se encontraban y aumentaban mas aun su inquietud.

Obligados á vigilar cuidadosamente para evitar toda sorpresa, ninguno de ellos tuvo tiempo para disfrutar un momento de descanso.

D. Tadeo habia observado durante el dia que, si bien las rocas en cuya cumbre se hallaban, se alzaban casi perpendicularmente en el espacio, la montaña sobre cuya falda se elevaban era mucho mas alta, de modo que no obstante hallarse á una distancia bastante considerable, algunos tiradores diestros apostados á cierta altura, los dominarian y los fusilarian casi impunemente.

Participó á sus compañeros esta observacion, cuya exactitud reconocieron.

Por la parte de la llanura se hallaban perfectamente guarecidos; el escalamiento era imposible y podian hacer fuego á cubierto sobre los que les atacasen.

Ocupáronse, pues, en fortificarse igualmente por el lado opuesto y para ello aprovecharon las tinieblas que les envolvian como en un sudario.

Levantaron una especie de muro amontonando piedras unas sobre otras, de la altura de unos ocho piés, y como en aquel pais el rocío es esencialmente fuerte, por medio de la lanza de Curumilla y de la de Juan, que este habia abandonado al marcharse, establecieron una especie de tienda de campaña, estendiendo sobre las lanzas los ponchos que ataron unos con otros. Bajo esta tienda amontonaron las mantas y los caparzones de sus caballos, de modo que no solo lograron guarecerse de todo ataque por aquella parte, sino que tambien se procuraron un abrigo muy útil contra el frio de la noche y el calor de los rayos del sol durante el dia, si

se veian obligados á permanecer mucho tiempo en aquel sitio.

Aquella tienda les servia tambien para poner á cubierto sus provisiones de boca y guerra, que el agua y el sol habrian deteriorado igualmente.

Estos trabajos diferentes los ocuparon durante una gran parte de la noche.

Hacia las tres de la mañana, cuando la oscuridad comenzaba á disiparse y el cielo tomaba en el horizonte ese color de ópalo que por lo general precede en aquellas comarcas á la salida del sol, Curumilla se acercó á sus compañeros que luchaban en vano contra el sueño y el cansancio que les abrumaban.

—Duerman mis hermanos dos horas, les dijo, que Curumilla vigilará.

—Pero V., jefe, contestó D. Tadeo, V., que tan noblemente se ha sacrificado por nuestra causa, debe tener, por lo menos, tanta necesidad de descanso como nosotros. Duerma V. que velaremos en su lugar.

—Curumilla es un jefe, contestó el Ulmen, y no duerme cuando está en el sendero de la guerra.

Los dos hombres conocian demasiado bien á su amigo para hacerle observaciones inútiles. Gozosos en el fondo de su corazon por aquella negativa que les permitia reparar sus fuerzas, se tendieron sobre las pieles y se durmieron casi al instante.

Cuando Curumilla estuvo bien seguro de que sus compañeros se hallaban sepultados en el sueño, se deslizó arrastrándose á lo largo de la pendiente de las rocas y llegó al pié de la fortaleza.

Ya hemos dicho que la montaña se hallaba cubierta con una profusion de crecida yerba, seca por los rayos ardientes del sol de verano, y que solo se hallaban en ciertos sitios algunos grupos de árboles resinosos. Curumilla se acurrucó entre los matorrales y prestó atento oido.

Nada turbaba el silencio.

Todo dormia ó parecia dormir en la llanura y en la montaña.

El jefe se quitó su poncho, se tendió en el suelo de modo que se ocultase lo mejor posible su presencia, se echó en seguida el poncho por encima y se cubrió con él; despues sacó su mechero de la faja y echó lumbres sin temor de que las chispas que saltasen del pedernal se divisasen en la oscuridad, merced á sus minuciosas precauciones.

Tan luego como tuvo fuego, puso hojas secas al pié de un arbusto, sopló con paciencia para avivar el fuego hasta que vió que habia tomado cierta consistencia; en seguida se alejó arrastrándose como habia ido, y regresó á la cumbre de las rocas sin haber dado la alarma á ninguno de los numerosos centinelas que probablemente vigilaban en las sombras los movimientos de los aventureros.

Sus compañeros seguian durmiendo.

—¡Och! dijo para si lleno de satisfaccion; ahora no temeremos que se embosquen tiradores detrás de los árboles que nos dominan.

Y se quedó con los ojos pertinazmente fijos en el sitio que acababa de abandonar.

Muy pronto brilló entre la oscuridad un resplandor rojizo, que creció gradualmente y se con-

virtió en una columna de llamas que subía hacia el cielo en espesos torbellinos, lanzando en torno suyo millares de chispas.

La llama se extendía rápidamente de sitio en sitio, tanto que la cumbre de la montaña se encontró casi al instante incendiada.

Oíanse gritos furiosos, y al resplandor del incendio se veían cruzar una multitud de indios que se escapaban de sus puestos de observación, y cuyos perfiles se destacaban en negro sobre el foco ardiente.

Pero el Corcovado no estaba completamente cubierto de vegetación, por lo cual no podía extenderse el incendio á lo lejos. Sin embargo, el objeto que Curumilla se había propuesto estaba conseguido. Los sitios que una hora antes ofrecían excelente abrigo, se hallaban á la sazón completamente descubiertos.

A los gritos lanzados por los indios, D. Tadeo y el conde se habían despertado sobresaltados, y creyendo que daban algún ataque, se reunieron con el jefe.

Le encontraron contemplando el incendio con una mirada radiante, restregándose las manos y riendo silenciosamente.

—¡Eh! dijo D. Tadeo, ¿quién ha encendido ese brasero inmenso?

—Yo, contestó Curumilla; vea mi hermano como huyen esos bandidos medio tostados.

Los dos hombres compartieron francamente su hilaridad.

—En verdad, observó el conde, que ha tenido V. una idea feliz, jefe; estamos desembarazados de unos vecinos que no hubieran dejado de sernos molestos.

El incendio, falto de alimento, se apagó con la misma rapidez con que se había encendido.

Los aventureros dirigieron sus miradas hacia la llanura, lanzando un grito de sorpresa y de estupor.

A los primeros rayos del sol naciente, mezclados con los moribundos resplandores del incendio, habían visto un campamento indio rodeado de un ancho foso y atrincherado según todas las reglas araucanas.

En el interior de aquel campamento, que era bastante considerable, se alzaban gran número de chozas construidas con pieles de buey tendidas sobre estacas fijas en tierra.

Todas las previsiones de Curumilla se habían cumplido con una precisión exasperante.

—Malo, dijo el conde; no sé como nos libraremos esta vez.

—¡Calle! observó D. Tadeo; no parece sino que desean parlamentar.

—Si, dijo Curumilla echándose el fusil á la cara; ¿haré fuego?

—Guárdese V. de hacerlo, jefe, exclamó don Tadeo. Veamos antes lo que quieren; acaso sean aceptables sus proposiciones.

—Mucho lo dudo, contestó el conde. Sin embargo, creo que debemos escucharlas.

Curumilla levantó tranquilamente su fusil sobre el cual se apoyó con indolencia.

Varios hombres habían salido del campamento. Aquellos hombres iban sin armas.

Uno de ellos agitaba con la mano derecha sobre su cabeza, una de las banderas sembradas de estrellas que servían de guiones á los araucanos.

Dos de aquellos individuos llevaban el traje

chileno. Cuando hubieron llegado al pié de la ciudadela improvisada, se detuvieron.

La altura era bastante grande, y la voz llegaba débilmente al oído de los sitiados.

—Que baje uno de VV., gritó una voz que D. Tadeo conoció por ser la del general Bustamante, á fin de que podamos esponerles las condiciones que tenemos á bien ofrecerles.

D. Tadeo se disponía á contestar, cuando el conde le rechazó vivamente hacia atrás diciéndole con tono algo brusco:

—¿Está V. loco, querido amigo? Ignoran qué hombres son los que están aquí y es inútil decirseles. Déjeme V. obrar.

E inclinándose sobre el borde de la plataforma gritó:

—Si baja uno de nosotros, ¿tendrá entera libertad para volver á reunirse con sus compañeros si no se aceptan las proposiciones de VV.?

—Si, replicó el general; bajo mi palabra de honor de soldado, juro que no se hará nada al parlamentario y que podrá reunirse con sus compañeros.

Luis miró á D. Tadeo.

—Vaya V., le dijo este con nobleza; yo que soy su enemigo, fiaría en su palabra.

El jóven se volvió hacia la llanura y gritó:

—Allá voy.

Entonces dejó sus armas, y con la destreza y la celeridad de un gamo saltó de roca en roca, y al cabo de cinco minutos se encontró en frente de los jefes enemigos, que eran cuatro, á saber: Antinahuel, el Ciervo Negro, el general Bustamante y el senador D. Ramon Sandías.

El senador era el único que no estaba herido.

El general y Antinahuel tenían heridas en la cabeza y en el pecho, y el Ciervo Negro llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

El conde tan luego como estuvo delante de ellos, los saludó con la cortesía mas esquisita, y cruzando los brazos sobre el pecho, aguardó á que tuviesen á bien dirigirle la palabra.

—Caballero, le dijo D. Pancho con una sonrisa forzada, aquí calienta mucho el sol, como V. ve estoy herido; ¿querria V. seguirme al campamento? Nada tiene V. que temer.

—Caballero, contestó el jóven con altanería, nada temo, el paso que estoy dando lo prueba, y seguiré á V. donde le plazca.

El general se inclinó en señal de gratitud y le dijo:

—Venga V.

—Pase V. caballero, y le seguiré.

Los cinco hombres se dirigieron entonces hacia el campamento, en el cual se introdujeron uno despues de otro pasando por encima de una tabla echada sobre el foso.

—¡Malo! dijo el francés para sí, este hombre tiene muy mala cara y mucho temo haberme metido en la boca del lobo.

El general, que en aquel momento le estaba mirando, pareció que había adivinado su pensamiento porque en el instante de poner los piés en la tabla, se detuvo diciéndole:

—Caballero, si tiene V. miedo, puede V. retirarse.

El jóven se estremeció y su frente se ruborizó á impulsos de la vergüenza y de la cólera.

—General, contestó con altanería, tengo la

palabra de V., y además hay una cosa que V. ignora.

—¿Qué cosa es esa que ignoro, caballero?

—Esta, general, que soy francés.

—¿Lo cual quiere decir?.....

—Que nunca tengo miedo. Así, pues, dignese V. pasar, se lo ruego, á fin de que yo lo verifique despues que V., ó si V. lo prefiere, cédame su sitio.

El general le miró con sorpresa, y casi con admiración, durante un segundo. Luego por un movimiento espontáneo, extendió el brazo hacia él y le dijo:

—Deme V. su mano, caballero; es V. todo un valiente y juro que no consistirá en mí que vuelva V. satisfecho de su entrevista.

—Eso es cuenta de V., caballero, contestó el jóven poniendo su mano blanca, fina y aristocrática en la que le tendía el general.

Los dos indios habían aguardado impasibles el fin de aquella discusión.

Los araucanos son buenos jueces en materia de valor. Para ellos esta cualidad es la primera de todas, y por eso la honran aun en un enemigo.

Los cinco personajes caminaron silenciosamente durante algunos minutos por en medio de campamento. Al fin llegaron delante de una choza mayor que las demás, en cuya entrada un manojo de lanzas largas con banderolas escarlatas clavadas en el suelo, mostraban que era la choza de un jefe.

Entraron.

La choza estaba completamente desprovista de muebles. Algunos cráneos de buey desparados por el suelo en diferentes sitios servían de asiento.

En un rincón, sobre un montón de hojas secas cubiertas con pieles y ponchos, estaba tendida una mujer con la cabeza vendada.

Aquella mujer era la Linda.

Parecía estar dormida; sin embargo, al oírse el ruido causado por la entrada de los jefes, su ojo sombrío brilló en la semioscuridad de la choza y probó que estaba muy despierta.

Cada cual se sentó como mejor pudo sobre un cráneo de buey.

Cuando todos se hubieron colocado, el general pareció recogerse un momento; en seguida alzó los ojos hacia el conde y le dijo con voz grave:

—Vamos, caballero, ¿bajo qué condiciones consenten VV. en rendirse?

—Perdone V., caballero, contestó el jóven, no consentimos en rendirnos bajo condición alguna. No saquemos la cuestión de su terreno, si V. gusta; son VV., por el contrario, quienes tienen que hacernos proposiciones, lo cual es muy digno, y aguardo á que tenga V. á bien explicarlas.

A estas palabras siguió un silencio profundo.

LXII.

EL MENSAJERO.

Juan era un jóven que tendria á lo mas treinta años de edad, atrevido, aventurero, que no temía peligro alguno, y que estaba dotado tambien de esa malicia fria y profunda que caracteriza á sus compatriotas. Antes de marchar había calculado perfectamente todas las eventualidades que el buen éxito de su misión tenía en pro y en con-

tra. No se le ocultaba que se hallaba erizado de dificultades, y que sería en cierto modo un milagro si lograba evitar los innumerables lazos tendidos bajo sus piés.

Y aun estas dificultades, en vez de disuadirle de su empresa, se la habian hecho aceptar con cierto apresuramiento. Veia la ocasion de jugar una mala pasada á Antinahuel, á quien aborrecia sin saber á punto fijo por qué, y al propio tiempo salvaba á Curumilla, que le habia perdonado la vida.

Todo se reducía á atravesar, sin que le matasen, la línea de centinelas que sin duda envolvía el puesto que acababa de abandonar.

Permaneció un momento acurrucado entre la crecida yerba, reflexionando acerca del medio que emplearía para escaparse sano y salvo.

Parece que no tardó en encontrar este medio, porque echó á correr.

Habiéndose cerciorado de que estaba completamente solo, desarrolló el lazo, quitó el nudo corredizo y ató el extremo á un matorral; sobre este colocó su sombrero, de modo que no se cayese, y en seguida se alejó con precaucion desarrollando al mismo tiempo su lazo.

Cuando hubo llegado al extremo de la cuerda, tiró suavemente, con sacudimientos leves, imprimiendo un movimiento oscilatorio al matorral.

Este movimiento fué visto casi al instante por los centinelas, quienes se precipitaron hácia aquel lado, vieron el sombrero é hicieron fuego.

Entre tanto, Juan huía con la ligereza de un guanaco, riéndose del chasco que daría á los centinelas cuando conociesen el objeto á que habian hecho fuego.

Por lo demás, habia adoptado tan bien sus medidas que estaba ya muy lejos y completamente fuera de peligro antes que los araucanos se hubiesen apercebido del chasco que les habia dado.

Hay gran distancia del cañon del Rio Seco á la tolderia de San Miguel por los caminos trazados, ó para ser mas exactos, por los senderos apenas trazados que suelen seguir los viajeros. Si Juan hubiese querido ir por ellos, habria tenido que andar cerca de quince leguas.

Pero Juan era un indio, cortaba el camino á vuelo de águila en línea recta.

Jóven, y dotado de unas piernas de hierro, partió al paso gimnástico, atravesando montes y valles, sin disminuir la rapidez de su marcha.

Habia abandonado la roca á las seis de la tarde, y llegaba á la vista de San Miguel á las tres de la madrugada.

En nueve horas habia recorrido mas de doce leguas, por caminos en que solo las cabras y los indios podian andar.

Esto era caminar de una manera vigorosa.

Cuando entró en la tolderia, reinaban en todas partes las tinieblas y el silencio. Los habitantes dormian, algunos perros vagabundos ladraban á la luz de la luna, y esto era todo.

Juan se hallaba bastante perplejo; no sabia donde encontrar á aquellos á quienes tenia que ver, cuando se abrió la puerta de una choza y dos hombres seguidos de un enorme perro de Terranova aparecieron en el camino.

Tan luego como el perro vió al indio, se precipitó hácia él, ladrando con furor.

—Detengan VV. á su perro, exclamó Juan poniéndose pronto en defensa.

—¡Aquí, César! aquí, César, pronto! dijo una voz.

El perro obedeció y volvió gruñendo por lo bajo á colocarse junto á su amo. Estas palabras habian sido pronunciadas en francés, lengua que Juan ignoraba naturalmente. Acordábase de haber visto en Valdivia, al lado de los franceses, á un perro parecido al que le hacia tan formidable recibimiento, y esto le indujo á suponer que la casualidad le ponía frente á frente de las personas á quienes buscaba.

Juan era hombre de resolucion rápida, adoptó su partido sin vacilar y gritó con voz fuerte:

—¡Marry, marry! ¿Es V. el muruche, amigo de Curumilla?

—¡Curumilla! exclamó Trangoil Lanec acercándose, ¿quién ha pronunciado ese nombre?

—Un hombre que viene de su parte, contestó Juan.

El jefe le dirigió una mirada recelosa; pero las tinieblas eran muy densas y no pudo distinguir claramente al hombre que le hablaba.

—Acérquese V., le dijo; puesto que él le envía hácia nosotros, debe V. tener alguna cosa que decirnos.

—¿Son VV. las personas á quienes busco? preguntó Juan vacilando á su vez.

—Si, pero en la choza, al resplandor de un candil, nos conoceremos mejor que aquí, en donde la noche está mas oscura que el cráter del *Autuco*.

—Es verdad, dijo Valentin riendo, está tan oscura que el diablo sería capaz de pisarse la cola.

Los tres hombres entraron en la choza, seguidos por el perro de Terranova que cerraba la retaguardia.

Trangoil Lanec, sin perder tiempo, sacó su mechero, echó lumbres, encendió un candil y los tres interlocutores se vieron.

Trangoil Lanec se adelantó hácia el indio y le dijo:

—¡Bueno! conozco á mi penny; es el mismo que Curumilla me habia enviado á Valdivia.

—Si, contestó Juan mostrando al perro que se habia echado junto á él y le lamia las manos, ya lo ve V., el perro me ha conocido.

—Aquel á quien quiere mi perro, le quiero yo tambien, guerrero; hé aquí mi mano, dijo Valentin.

Juan estrechó cordialmente la mano leal que le tendian. La franqueza del francés le habia cautivado, y entre aquellos dos hombres la amistad debia durar tanto como su vida.

Trangoil Lanec se habia acurrucado en el suelo é hizo seña á sus compañeros para que se colocasen á su lado.

Estos obedecieron.

Al cabo de un momento de silencio, durante el cual pareció que coordinaba sus ideas, el jefe se volvió hácia Juan y le dijo:

—Esta tarde, á la puesta del sol, aguardaba yo la llegada de Curumilla y de dos amigos; Curumilla es un jefe, su palabra es sagrada, la noche se adelanta, el mochuelo ha entonado ya su lúgubre canto, que anuncia la salida del sol, Curumilla no ha venido, ¿qué razon se lo impide? Mi hijo es un guerrero, viene de parte de mi hermano, que hable, mis oídos están abiertos.

(Se continuará.)

GUILLERMO.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO MARCO

Y

D. MARTIN PETREA.

(Contin.—V. el n.º 66.)

Así fué, pues poco tiempo habia trascurrido desde que D. Tomás se puso en acecho, cuando se oyó en el profundo silencio que reinaba en la naturaleza, el lejano ruido de las pisadas de una caballería que al parecer avanzaba galopando hácia donde estaba oculto D. Tomás: este al advertirlo pensó que sin duda sería su cuñado, quien montado á caballo se aproximaba á toda prisa, hizo algunos movimientos para acomodarse mejor en donde estaba oculto y se quedó despues inmóvil esperando; pero aun oia galopar la caballería á alguna distancia, cuando escuchó un rumor no muy lejos de él y por entre la espesura, lo cual le hizo estremecer faltándole poco para que abandonara su empresa. Los pasos de la caballería se sintieron ya muy próximos, y por fin al ir á pasar por delante de donde estaba oculto D. Tomás, sonó un tiro y el ginete vino al suelo, huyendo espantado el caballo luego que se vió libre de aquel que exclamó al caer: ¡Dios mio, me han muerto!

—D. Tomás se adelantó hácia donde estaba su cuñado para asegurarse de si se hallaba ya sin vida, y el crujido de unas ramas secas que al parecer eran holladas por algun pié, le detuvo en su camino: volvióse despavorido; pero no viendo á nadie, pensó que habria sido quizá algun animal que espantado de la detonacion de su pistola, huía por entre la espesura; así es que se llegó donde estaba su victima cubierta de sangre y sin vida, pues la bala le habia atravesado el pecho. La presencia de un hombre que se adelantó hácia él le hizo estremecer: ya no era tiempo de pensar en la huida; tenia un testigo delante y determinó deshacerse de él; pero adivinando aquel sin duda la intencion de D. Tomás, mayormente al ver que le apuntaba con una arma, se apresuró á exclamar:

—¡Deteneos, amo mio! Soy Guillermo, vuestro esclavo.

—¡Guillermo! dijo D. Tomás. ¿Por qué me has seguido? cómo es que te hallo en este sitio?

—Os lo referiré todo, contestó aquel acercándose algunos pasos mas hácia su amo.

—Sabed, pues, que esta mañana por casualidad os he visto cuando estabais afilando un puñal y examinando dos pistolas; y además, yo que me esmero en leer en vuestro rostro los menores deseos, observé que estabais muy pensativo; particularmente al salir de vuestra casa noté en vos cierta agitacion que me hizo sospechar que os ibais á comprometer en algun lance en que tal vez podria peligrar vuestra existencia, y no atreviéndome á preguntaros la causa que al parecer os tenia preocupado, determiné seguiros de oculto con la idea de auxiliáros, aunque hubiese sido á costa de mi sangre, en caso que hubiese visto verter una sola gota de la vuestra; pero ya que habeis consumado esta muerte sin estorbo nin-

guno y sin haber necesitado mi auxilio, recibid mi parabien.

—¡Oh! calla Guillermo, exclamó D. Tomás; temo que alguien te oiga; temo que hasta las aves de estos alrededores refieran mañana en sus cantos el suceso de esta noche.

—No temais, mi amo, dijo Guillermo, y perdonadme si he sido imprudente en seguir vuestros pasos; pero solo me ha guiado á ello el deseo de serviros.

—Gracias, Guillermo, murmuró D. Tomás friamente; ¿pero sabes quién es la víctima?

El negro echó una mirada sobre el cadáver que tenía á sus piés y exclamó:

—Es vuestro traidor cuñado.

—¡El es! repuso D. Tomás; júrame, Guillermo, antes que nos alejemos de este lugar, que jamás revelarás la escena que acabas de presenciar, aunque te vieras sufriendo los mayores tormentos.

—Amo mio, dijo Guillermo, extraño la poca confianza que demostrais conmigo; pero no importa, porque yo sabré daros pruebas, si aun os hacen falta, á fin de que no dudeis en adelante de mi fidelidad, y para tranquilizaros, os digo que juro por el Dios que nos oye y por las cenizas del autor de mi vida, que guardaré secreto de cuanto he visto, y de lo contrario caiga sobre mí la maldición de Dios.

—Bien, Guillermo; estoy satisfecho y dispuesto á enriquecerte: desde hoy pasas á ser mi confidente en todos mis planes, en vez de ser mi esclavo como antes.

El negro se apresuró á besar la mano que le tendió D. Tomás en señal de alianza. Despues se dirigieron á su casa abandonando el cadáver en el mismo sitio en que se hallaba.

Como se comprenderá, y quizá se extrañará que así no fuera, la escena que acaba de efectuarse entre el negro y su amo, era muy á propósito para que el primero hubiese satisfecho la venganza que tiempo hacia meditaba; pero Guillermo no siguió á D. Tomás con tal designio; lo hizo por curiosidad; por que como habia dicho, ya se figuró al verle marchar de su casa que iba á empeñarse en alguna escena peligrosa; mas como viese despues lo que sucedió en el bosque, hubo un momento en que poseido de una noble indignacion contra el asesinato que le vió cometer, y hallándose solos los dos, faltó poco para que se arrojara sobre D. Tomás y satisficiera su venganza; pero mas tranquilo luego, quiso que este le viera con el objeto de darle á entender que habia un testigo de lo ocurrido á fin de contribuir con esta circunstancia á aumentar las atenciones de conveniencia por parte de su amo.

Al inmediato dia que habia ocurrido aquella impune muerte, se encontró el cadáver del cuñado de D. Tomás algo desfigurado á causa de que al parecer algun animal se habia cebado en él durante la noche, circunstancia que hizo creer á muchos que su muerte habia sido causada por alguna fiera.

Se esparció la noticia y se pasaron algunos dias en investigaciones por parte de la justicia que no dieron resultado ninguno acerca de la aclaracion del hecho. D. Tomás vistió luto por la muerte de su cuñado y continuó en la posesion de sus bienes. El negro guardó secreto aplazando su venganza.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Han trascurrido 20 años. ¡Cuántos acontecimientos tienen lugar en un espacio de tiempo como este! Todo varía en los pueblos civilizados, la ciudad se ensancha y perfecciona, los terrenos áridos se trasforman en jardines deliciosos, grandes descubrimientos surgen en la mente de los hombres, y con ellos dominan todo cuanto existe en la naturaleza dándole nueva forma, segun sus necesidades. Todas las familias experimentan en este tiempo grandes trastornos, los niños de ayer están en la pubertad, los jóvenes se aproximan á la vejez, y los ancianos espiran habiendo concluido ya su carrera. Lo que era antes una familia es ahora muchas familias, porque todos los miembros de aquella se han separado para constituirse en otras.

Veinte años, ¡cuántos placeres y cuántos dolores pueden ocultar! El crimen por una parte, envuelto en el misterio, escapado á la justicia de los hombres, y por otro la honradez olvidada de todos y sin recompensa, pero sin que esta circunstancia arranque una queja al que la profiera, sino una bendicion para el género humano.

De la reina de las Antillas, de la pintoresca Cuba, conduciremos al lector á la decantada Italia, á Nápoles, esa ninfa del golfo tan prodigiosamente engalanada por la naturaleza, donde yace la modesta tumba de Virgilio y la cuna del Tasso, cuyos monumentos y ruinas escitan en nosotros tantos recuerdos como los de la ciudad de los Césares, y donde cada piedra lleva tan hondamente impresa una página de su historia.

Nápoles, arrullada por las movibles ondas del Mediterráneo, no teme á ese coloso que se levanta á su lado, al caldeado Vesubio, que en otro tiempo sepultó á Pompeya y Herculano bajo montañas de cenizas, para que cuando el volcan va á arrojar por su cráter torrentes de lava destructora, Nápoles le fascina con las bellezas que la adornan, y el mónstruo subyugado esconde su ira pronta á desbordarse, y hace ver su derrota por un ruido semejante al trueno de la tempestad que se aleja, ó al rugido del leon en el desierto.

El puerto es uno de los mas concurridos de Europa y en él ondea el pabellon de todas las naciones; á esta ciudad como á la Venecia de hace ocho siglos, afluye la riqueza de todos los paises, y su suelo lo mismo acoge al extranjero que al napolitano.

En una hermosa casa de la calle de Toledo vivía D. Tomás Viano, que en la primera parte de esta novela vimos plantador en la isla de Cuba. Al poco tiempo del asesinato de su cuñado, cuyo autor no pudieron descubrir las autoridades de Puerto-Príncipe, dueño ya sin obstáculos de la fortuna de su esposa, vendió la plantacion con sus esclavos y partió para Nápoles, ciudad que le habia visto nacer. Unicamente llevó consigo un negro, recuerdo constante de su crimen.

Era Guillermo.

Una vez establecido en Nápoles se hizo comerciante y en poco tiempo aumentó su capital tan considerablemente, que su nombre bogaba de boca en boca como el de un nuevo Crespo: y de este modo habia adquirido una fama, que si bien no le daba gloria, á lo menos le hacia envidiable.

A la sazón se hallaba escribiendo en su despacho: ya no era aquel jóven de 25 años que obraba sin reflexion segun le guiaban sus pasiones; ahora tenia 45, y si bien su corazon no era mejor que antes, podia aparentar otra cosa de la que realmente sintiera.

Su cuerpo habia perdido la elegancia casi natural que da la juventud, y sus movimientos eran pesados; sin embargo, su pelo peinado con coquetería, sus dedos cubiertos de sortijas y su ropa de última moda, indicaban que aun tenia deseos de agradar.

Por la espresion de su semblante se conocia que no le disgustaba el resultado de algunas operaciones que escribia en un papel, y de cuando en cuando dejaba la pluma y se restregaba las manos como satis fecho de sí mismo.

En frente de él y al otro lado de la mesa, estaba un jóven escribiendo tambien. Era algo moreno y sus cabellos y el ligero bigote que cubria sus labios muy negros; cuando levantaba los ojos del papel se notaba en ellos una espresion de melancolía que predisponia en su favor. Trabajaba con asiduidad llenando el papel con su letra cursiva y elegante.

—Manuel, cuando acabeis ese escrito podeis marcharos si quereis, dijo el comerciante al jóven, al mismo tiempo que tiraba del cordón de una campanilla.

Guillermo apareció en el umbral de la puerta.

—Haz preparar el coche, le dijo aquel.

Al poco rato el jóven que se habia quedado solo, sacó una carta del bolsillo y la leyó repetidas veces.

—¡Cuánto me amas! murmuró, qué feliz seria con ella! mas el destino me es adverso, ha hecho que la vea, que la ame, ¿pero quién soy yo para atreverme á tanto? El hijo de un cazador honrado, pero sin fortuna, y Elena es poderosa; ¡Ah! si deseo adquirir riquezas es solo por ella; ¿Por qué la habré conocido? Pero no, ¡bendito sea el momento en que la vi! Aquel dia experimenté que variaba mi existencia que hasta entonces se habia deslizado monótona y sin emociones. Ahora, Elena es mi segunda vida, y aun que mi amor es imposible, conozco que la naturaleza ha establecido entre nosotros dos un tesoro inmenso de afecciones, incomprendible para el que no ama. ¿Pero podré tener esperanzas de que la sociedad deseche á un lado todas sus preocupaciones y me haga feliz?

—Sí, dijo Guillermo entrando.

—¡Ah! ¿Eres tú? por qué me has escuchado le preguntó el jóven.

—Señorito, la casualidad ha hecho que hayáis oido vuestras últimas palabras; pasaba por aquí y como oia hablar, creia que llamabais.

—¿Y por qué me has respondido con ese sí que tanto llenaba mis deseos?

—Porque siempre hay una Providencia en el cielo, tanto para el blanco como para el negro; creedme, dia llegará en que os casaréis con la mujer que amais.

—Mucho asegurar es eso, Guillermo; ¿no sabes cuántos inconvenientes hay para ello? Mi padre es un cazador pobre, cuyo nombre es Esteban; pero ahora me acuerdo que muchas veces le he oido nombrar á un amigo suyo, de tu color y tu nombre, y eso me hace sospechar que cuando tu amo estuvo en América te conoció.

— Puede ser, señorito, yo tenía un amigo que no establecía ninguna diferencia entre el hombre blanco y el negro; se llamaba Estéban, sí; sin duda es el mismo. Decidme, vos, que hace poco os habeis separado de él, ¿cómo está? Porque yo hace 20 años que no le veo.

— Mi padre sigue entregado á la caza desde la mañana hasta la noche.

— ¿Y por qué le habeis abandonado?

— Te diré, Guillermo; yo tenía grandes deseos de viajar, pero los había ocultado siempre; quería ver el mundo, porque aquella soledad en que vivía me mataba. Muchas veces cuando mi padre iba á Puerto Príncipe á vender alguna caza, yo le acompañaba, y aun á veces pasaba tres ó cuatro días en la ciudad. Entonces me sorprendía al contemplar aquella animación tan diferente de la tranquilidad del paraje en donde habitaba, y si se lo decía á alguno, me respondía.— ¡Bah! Pues esta ciudad está desierta si se compara con otras muchas; yo quedaba admirado de lo que me decían, y mis deseos de partir se aumentaban. Ya sabía yo que mis padres no podían costearme ningún viaje; pero estaba tan seguro de que encontraría medios de subsistencia en todas partes, que no temía emprenderlo sin recursos. Algun tiempo pasé siempre fijo en esta idea, hasta que llegó un día que me llené de gozo. El autor de mi existencia, sin haberle yo dicho nada, me dijo que partiera para Nápoles, pagó mi viaje y me dió una suma de dinero con la cual podría mantenerme algunos meses si no encontraba aquí alguna ocupación á mi llegada. La casualidad hizo que me hospedara en una casa donde un hombre me aconsejó que viniera á ver á D. Tomás, que tal vez me recibiría como escribiente, pues acababa de despedir á uno; vi que la proposición no era mala, pues me daban casa y alimentos y no tardé en seguir sus consejos; tu amo me admitió y desde entonces vivo aquí.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que Manuel era el niño que al dar principio á nuestra novela iba Guillermo á precipitar en las espumosas aguas del torrente. Estéban, á fin de ocultarle mejor, le llamó Manuel, que era el nombre del hijo que estaba espirando la noche que se encargó de él y que murió á las pocas horas, en lugar de llamarle Enrique que era el verdadero. De este modo, el hijo de D. Tomás pasó por el hijo del cazador.

Manuel, pues este es el nombre con que fué siempre conocido, vivió los primeros años de su juventud sin ver á mas personas que el cazador y su mujer. Estéban, que antes de ser despojado de sus bienes era un hombre instruido, procuró evocar todos sus conocimientos olvidados hacia tantos años; y durante las noches, único tiempo que no empleaba para la caza, fué educando á su supuesto hijo. Cuando este llegó á los diez y seis años, concibió grandes deseos de viajar, que no manifestó á Estéban por temor de que este lo interpretara por desamor. El cazador conoció en lo preocupado que estaba siempre el jóven, y en algunas palabras que se le escaparon, cuál era su deseo, y se lo escribió á Guillermo con quien había estado en correspondencia desde que había partido de la isla. El negro le envió una suma de dinero debida á la prodigalidad de su amo para que no descubriera su secreto y con ella pudo enviarle á Nápoles. Cuando Gui-

llermo supo que el jóven había llegado á esta ciudad, le fué fácil valerse de uno de esos hombres que se prestan á todo por una miserable retribución, con el objeto de que le propusiera ir á casa de D. Tomás, solicitando una plaza de escribiente. Manuel, causa de un crimen por parte de D. Tomás, no escitó en este ninguna simpatía, porque el comerciante era incapaz de sentir cariño mas que por el oro; pero pronto conoció la utilidad que le reportaba por lo mucho que le ayudaba en sus negocios y se alegró de su adquisición.

Guillermo, al ver las buenas dotes de aquel á quien había arrebatado rango y fortuna, juró hacerle feliz como en otro tiempo juró vengarse de D. Tomás, y el negro era hombre que sabía cumplir sus juramentos; y si aun no se había vengado era porque esperaba una ocasión oportuna. Sabía que el jóven estaba enamorado; pero que la oscuridad de su nombre y su ninguna fortuna impedían su felicidad.

— Le daré uno y otro, pensó el negro, y desde entonces procuró averiguar si la que amaba era digna de él.

Pero no anticipemos los hechos.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.— Véase el n.º 65).

XXIV.

Eso es lo que quise para esa desgraciada nación; eso lo que hice por ella, y eso lo que el destino adverso decidió en contra suya y en contra mía, en las jornadas de junio de 1848. Y no fué la Francia solo la que se desangró en aquellos días, sino que también la Italia se hundió en el abismo que se abría bajo sus pies. Lloremos juntos sobre la demencia de aquellos homicidas de la libertad y de sí mismos; pero no acusemos de ello ni á la Italia ni á nosotros. Los dos somos inocentes; la suerte es la sola culpable.

Si hubiese sido italiano de naturaleza como lo soy de corazón, ¿hubiera sido posible el concebir por ese país un pensamiento mas filial? hubiese podido reinaugurarle inofensivamente, tanto para ella como para las demás potencias, una perspectiva mas hermosa de renacimiento nacional, político y literario? Dejo á la conciencia de cada uno, que juzgue de lo que llevo dicho.

XXV.

¿Y cómo hubiera podido no querer la libertad de Italia? y cómo hubiera dejado de tener fé, no digo en sus armas (porque una prolongada desuetud las ha enmohecido), sino en la vida y en la fecundidad de su genio en todos los ramos? ¿No había absorbido por todos los poros de mi cuerpo ese genio italiano, aun antes de haber respirado el de mi patria? Nuestra patria no es solamente el suelo en que vimos la luz, sino también aquella en que hemos recibido de la naturaleza, los

monumentos, los hombres y las cosas, nuestras primeras impresiones y las primeras imágenes que se graban en nuestra mente. La primera juventud de la imaginación del corazón y de los ojos es la naturalización, tanto para el poeta como para el hombre. La vida del alma se mide por la intensidad de las sensaciones, y no por el número de años que pasan sobre nosotros. Por lo tanto, la Italia no es un país para mí, sino un espejo; ¡y no es aire lo que respiré en su recinto sino alma! un alma de fuego, lánguida, entusiasta, antigua, jóven, melancólica y heroica al mismo tiempo. Allí se es en un minuto poeta, amante, ciudadano, contemplador y cenobita. ¡Las sensaciones no hablan en nosotros, sino que cantan, y recorren en una hora la escala entera de toda una existencia! En aquel aire no hay prosa, todo en él es una música, una melodía, un éxtasis ó un poema. Por eso debe ser indudablemente el que Rosini ó Mozart hayan esparcido en todo el universo, desde allende los Alpes, un idioma de melodías que no ha sido escuchado ni comprendido en otra parte del mundo. Esos hombres son la vibración viva y puesta en notas, de todos los sentidos de aquella tierra de sensaciones, sensaciones que no puede reproducir en palabras ningún idioma, porque sus lirismos interiores sobrepujan á todas las lenguas conocidas. Lo que no se puede decir, se canta; también se puede decir que la música es la poesía de las sensaciones. Rossini es el Petrarca de esa música; ha aspirado el ambiente de su patria, y lo ha difundido sobre el universo entero. La brisa melodiosa que corre sobre la Italia forma parte de su cuerpo; así como la voz de la persona amada es inseparable del encanto que produce en nosotros. Desde que se sienta el pié en el suelo italiano, se oye esa voz en los murmullos, en los árboles, en las ondas del río y en el viento, así como en sus versos. La Italia no es solamente un país, sino un instrumento de música, ó por mejor decir, el órgano del mundo. Basta que un sentimiento brote del alma para que el eco lo repita. ¿Luego por qué admirarnos de que ese idioma tenga en vez de palabras, resplandores, imágenes y melodías?

Tal vez se escandalicen de que en este período grave de mi vida, encuentre en mí tales recuerdos y un cariño tan intenso hacia la Italia de mis primeros años; pero si mi alma es universal y mi cuna francesa, mis sentidos son italianos. La imaginación y el amor tienen también su patriotismo; y el patriotismo de la imaginación y la poesía es el que me une á esa patria adoptiva, en la que me lanzaron antes de la edad en que nos adherimos á la patria natal. ¿Y cómo hubiera podido ser de otro modo, cuando vi el mundo por vez primera en Italia, y cuando aspiré el aire embalsamado de sus montañas en mi primera aspiración? Naturalmente tenía que ser italiano, por mis sensaciones, antes de haber sido francés de corazón.

XXVI.

Pero puesto que he convenido con mis lectores en que este *Curso familiar de literatura* no es mas que una plática, sostenida con las ideas que asalten mi mente y con los sentimientos que agiten mi corazón, permitid que os diga por qué casualidad de mi juventud y mi situación fui

iniciado en una edad tan temprana, en los libros y en las letras de ese país encantador.

Otra digresión, otra personalidad, esclamarán algunos críticos severos. Otro rapto de vanidad ostentándose latamente en un libro en el que toda individualidad debía desaparecer, para dar lugar á los que no existen.

Pero yo juro con la mano en la conciencia, que no hay la menor sombra de vanidad ni de ridícula satisfacción para mí en el modo con que voy trazando estas líneas, porque si algunas veces me ocupo de mí, lo hago con el alma y con el corazón en la mano, para hacer comprender á los demás lo que he sentido y comprendido al atravesar la escabrosa senda de mi vida, tratando de penetrar los misterios del corazón humano en los hombres y en los libros. Soy un instrumento bueno ó malo, que ha recibido el primer hálito del siglo al través de sus cuerdas y que reproduce el sonido con mayor ó menor exactitud, pero con toda sinceridad; no para que los demás se templen á su tono, sino para que lo juzguen y lo rectifiquen, si tienen otro diapason en su alma.

Además, he notado siempre desde san Agustín, Mme. Sévigné, J. J. Rousseau, la correspondencia de Cicerón y la de Voltaire, que los libros más leídos son generalmente los que se ocupan de personalidades: porque lo que interesa al hombre en un libro, no es el libro, sino el hombre. ¿Y por qué razón me dirán algunos? Porque el libro no tiene más que ideas, y el hombre tiene corazón. Luego, en un libro personal, el hombre abre su corazón, mientras que en las demás obras no muestra más que su talento; y por lo tanto, no se ve más que la mitad de él. En esto opino como Montaigne: *Quiero ver al hombre por entero.*

Además, para que lean nuestras obras é instruir con ellas, es necesario interesar al lector: sin interés, el escritor se hunde y el lector no se instruye.

Es una ley de nuestra naturaleza moral, el que no se conceda un interés á las abstracciones y sí á las personas. La imaginación del hombre necesita darle un cuerpo á las ideas, y un nombre, un corazón, un alma y una individualidad á las cosas. Si hubiera quien quisiera escribir la historia de las ideas, nadie se tomaría el trabajo de leerla, mientras que escribiendo la de los hombres que las han representado, todo el mundo se apresura á devorar las páginas que la encierran. Hasta el mismo Dios ha hecho las criaturas sensibles para personificar sus ideas; por que lo que no se personifica, no existe. En vano sería querer cambiar la naturaleza humana, porque nunca conseguiríamos trasformarla en una humanidad algebraica. Dejemos, pues, á los matemáticos que se ocupen de las abstracciones; los hombres de nuestra fibra, ó hablan ó sienten con los seres reales.

No es por vanidad, repito, á pesar de lo que digan los críticos, por lo que me ocuparé de mí en estas pláticas, sino por el conocimiento que he adquirido del corazón humano. Al hablar de mí, no lo hago del hombre sino del artista. ¡Ah! si me conocierais mejor, diré á mis críticos, cuán lejos estaríais de acusarme de esa vanidad pueril que hace años murió para mí! ¡Vanidad!... ¿Y de qué?..... Si, como todo el mundo, la tuve

en la flor de mi vida: la edad, los sucesos, las reflexiones, las humillaciones que infinidad de veces han tenido que soportar mi corazón y mi espíritu, la han aniquilado para siempre. Me atrevo á afirmar que no hay un hombre sobre la tierra que sienta su mezquindad más que yo, ni que desee más sinceramente desaparecer de la escena terrestre, en alma, en cuerpo y en nombre.

La escena política ó literaria del mundo, ¿puede tener algún valor para el que sabe por dónde se sube á la cúspide y por dónde se desciende de ella?..... ¡No, no! os lo juro nuevamente por el que lee los pensamientos en el fondo de los corazones, que la vanidad no existe para mí; lo que tengo es un hastío de este mundo y de mí mismo, que seguramente no se me supone! Dejad, pues, que os hable de mí, y no acuseis más que á mi arte: ya que queréis sentir, necesario es que os muestre mi corazón.

PÁGINAS DE VIAJE.

XXVII.

Era en la primavera del año 1810; tenía entonces diez y nueve años, un talle flexible, hermosos cabellos ensortijados, que ondulaban sobre mis sienes por su natural finura, y unos ojos en que el ardor y la melancolía se confundían en una expresión indecisa y vaga, que no era ni la ligereza ni la tristeza. Una impaciencia juvenil de vivir, ver, sentir y sumergirme en un mar de pasiones tan terribles como llenas de atractivos, era el fondo de mi carácter en aquella época; era una hoguera recién encendida que temía y aspiraba el viento; era, en fin, un corazón de doncella entre la edad en que se sueña y se ama. El candor y la timidez resaltaban en mi fisonomía, y en realidad mis aspiraciones eran tan atrevidas como tímidas mis maneras. Criado en la soledad y la sencillez del campo, la gran naturaleza y una gran multitud me deslumbraban; pero un silencio modesto y pensador ocultaba ordinariamente mi timidez. Dejaba los libros, y en todo lo que se ofrecía á mis ojos no veía más que otro gran libro viviente en el que podía continuar mi lectura; y creía que encontraría en él la llave de los mil misterios que me rodeaban en mi ignorancia. ¡Mi corazón era un enigma que no podía descifrar!

Por qué me lanzaron solo, y siendo casi un niño, en un viaje por la Italia, antes de haber visto á París ni conocer la Francia, lo he dicho ya en las (*Confidencias y Graciella*), por cuya razón no lo repetiré: fué una temeridad; pero tal vez fué una determinación sabia. Una rosa artificial llena de polvo y estropeada, desprendida de la guirnalda de un vestido en una noche de baile, que, después de haber sido pisoteada por los bailarines, la había envuelto en un pedazo de gasa ocultándola en el fondo de mi baul como un talisman, junto con algunos malos versos, lo que no dejaba de ser una puerilidad, despertó serios temores en el alma de mi tierna madre. Juzgó que era necesario distraer los sueños de mi imaginación, y sabido es que no hay distracción como la de un viaje. El hombre al cambiar de horizonte cambia de pensamiento; ¿cómo no había de suceder lo mismo á dos niños? Aun conservo sobre un papel sombreado por el polvo de los caminos de

Italia aquellos malos versos de diez y ocho años que envolvían la rosa marchitada.

¡Oh rosa que te deshojas en mi pecho! ¿caíste á impulsos del viento que sacudió el tallo que sostenía, ó eres el nocturno robo del tierno ruiseñor que vive cantando entre las flores? No de un traje de baile desprendida, rodaste bajo la voluble planta de las parejas: ¿era una noche de embriaguez!... ¿Te acuerdas, pálido embriago de las flores vivas, tus hermanas? Te hollaron con sus piés, pobre flor recién nacida, ella, inclinándose desdeñosamente sobre ti, y arrojó por la ventana como un vil despojo del jardín; mas yo, que busco entre la yerba las epigas caídas, te puse sobre mi corazón para buscar entre tus hojas, ¡oh flor muerta entre la yerba! otra embriaguez que la de tu olor. ¡Oh rosa que moriste bajo su planta, descansa para siempre en este seno que te cobija, y cuenta cuántas veces hace latir mi corazón un sueño que nunca morirá!

Ya había muerto como mueren todos los sentimientos prematuros de la infancia; pero, en fin, á él le debía mi destierro á Italia.

XXVIII.

El 29 de mayo de 1810, al despuntar la aurora y en una silla de posta en la que ocupaba un asiento del pescante, bajaba las últimas pendientes de los Apeninos que miran hácia el lado de Florencia. El cielo parecía un cristal sin fondo ligeramente velado por esa niebla vaporosa que presta la vaguedad á los horizontes, y sin la que se distinguirían sus confines. Los caballos mediterráneos galopaban entre mil nubes de polvo atmosférico, llenando el aire con el ruido alegre y precipitado de sus cascabeles; y parecíame estar oyendo ya las castañuelas de las jóvenes metropolitanas convidando á los bailarines á la embriaguez de las tarantelas. Las colinas, los castañales, los campanarios, los torrentes y las bocanadas de humo de los volcanes del Apenino, huían hácia mis espaldas como si giraran en una linterna mágica; y los altos é inmóviles cipreses que principiaban á vegetar junto al camino, proyectaban en él la sombra prolongada y oscura de esos obeliscos de la vegetación: las higueras, semejantes á otros tantos espectadores recostados indolentemente alrededor de un circo, apoyaban sus anchas y empolvadas hojas sobre los blancos muros que costean el camino; y los olivos velaban con su ligera verdura los rayos del sol que parecían temblar en los surcos al pasar por entre sus ramas. Se respiraba un olor de yerbas desecadas en nuestros helados climas del norte; el aire estaba impregnado de ese sabor tibio como un perfume evaporado sobre un carbon encendido, ó como el del manojo de mirto que un campesino va á quemar en el horno ya candente de un pueblo de la Calabria.

Estaba ébrio de sensaciones, antes de embriagarme de pensamientos. De tiempo en tiempo descubría rápidamente desde las alturas de las colinas las lejanas y resplandecientes cúpulas de Florencia, destacándose en el fondo de una llanura cubierta con un manto de verdura. Hubiera querido atravesar instantáneamente la considerable distancia que nos separaba de ella, y á la que no llegamos hasta bien entrada la noche. Pero la luna brillaba en todo su esplendor, reflejándose



— ¡Qué fastidio! ¡Qué hombre tan impertinente! Se ha empeñado en seguirme. Pues no me ha de ver la cara.

— ¡Jamona! ¡Uf! ¡Y parecía una pollita! A tiempo has descordado el telon de tu teatro.

en las sinuosas y encajonadas ondas del Arno, cuyas aguas brillaban como un fanal al pié de las grises murallas de la ciudad de los Médicis.

XXIX.

Cuando penetré el coche por las puertas de la ciudad y sentí que rodaba con un ruido sordo y grave sobre las anchas losas con que están empedradas las calles de Florencia, parecióme que entraba en la sociedad de esos grandes toscanos, por los que sentía mi imaginación una especie de terror sagrado. Dante, el Petrarca, Machiavelo, los Pazzi, los Médicis, los Politieno, los Miguel-Angel, y otros mil cuyos nombres se presentaban á mi memoria, me parecía verlos en las ventanas de aquellos sombríos palacios que oscurecen sus calles; y para que mi ilusión fuera mas completa, el olor del cedro con que están contruidos sus techos embalsamaba las calles por donde pasábamos. Hubiérase podido decir que era el olor sepulcral de esa madera incorruptible con que construían los ataúdes y que embalsamaba hasta los cadáveres.

Los poquisimos habitantes que circulaban por sus plazas ó que respiraban la frescura en torno de sus fuentes, daban á la ciudad el aspecto de un magnífico cementerio salpicado de monumentos y habitado por fantasmas. No olvidaré nunca aquella entrada nocturna en la ciudad del Dante. El coche debía continuar su camino hasta Siena y Rema, por cuya razon me apeé en una posada sin nombre que está como perdida en el fondo de una callejuela no lejos del palacio de los Cor-

sini y del puente de la Trinidad. Me alojaron en una boardilla bastante baja de techo, y sin mas muebles que un catre de hierro, una mesa, una silla y un cántaro de agua; pero ni siquiera pensé en la desnudez y la indigencia de aquella posada: iba á dormirme y despertarme en la ciudad de los grandes recuerdos, y era mas que suficiente para un jóven que no vivia mas que con las impresiones de su imaginación.

XXX.

No olvidaré tampoco mi despertar. Un cielo de verano, de un azul oscuro como un cielo raso de pizarra, se divisaba desde mi ventana estendiéndose sobre la estrecha callejuela de mi posada y los muros monumentales del palacio Corsini. Las anchas hojas de las puertas de aquel estaban enteramente abiertas y dejaban ver los patios, las escaleras y los pórticos, y los numerosos criados de aquella opulenta casa en sus puestos, y vestidos de gran gala como si debiera celebrarse alguna ceremonia ó recibir algun huésped ilustre.

Al otro extremo de la callejuela que mira hácia el puente de la Trinidad, se oía el rumor de la multitud, confundido con los mugidos de los bueyes, el balido de las ovejas y el relincho de los caballos. No tardaron en aparecer unos cuantos pastores montados en sus cabalgaduras, cubiertos con trages pintorescos los unos, y los otros con pieles de carnero ó de oveja, empujando sus largos cayados como si fueran lanzas, con los que guiaban fácilmente lo mejor de sus rebaños, los que desfilaron ante mí para entrar en el patio del palacio

con una gravedad que no se encuentra sino en la antigüedad

Allí habia unas cuantas carretas construidas á la rústica, en forma etrusca; pero los rayos de sus macizas ruedas estaban medio ocultos entre las ramas y las flores con que los habian cubierto; y los yugos de los bueyes que las arrastraban, decorados igualmente con ramas de ciprés y de olivo, las que, balanceándose al movimiento de las carretas, apartaban las moscas de los bueyes, refrescando las frentes de estos con su sombra.

Cada carreta de aquellas llevaba la familia de uno de los labradores de los vastos dominios del principe Corsini. El jefe de la familia, ó el mayor de los hijos, iba delante con un paso consular, sosteniendo en su mano derecha un delgado aguijon, mientras que con la izquierda se apoyaba orgullosamente sobre los dorados cuernos de sus bueyes. La madre, los hijos y las hijas, iban de pié sobre las carretas, sosteniéndose unos con otros, para no perder el equilibrio en las grandes sacudidas que imprimian á las ruedas las anchas losas del empedrado. Bajo los pliegues de las toscas telas verdes y encarnadas que cubrian á aquellos aldeanos, distinguíase una hermosura, una majestad y una gracia severa que no he vuolto á encontrar sino cuando recorri las montañas de la Sabina ó en el incomparable cuadro de los segadores de Leopoldo Robert, ese Virgilio del pincel que ha igualado al Virgilio de las *Geórgicas*.

XXXI.

Aquella procesion rural desfiló lentamente su-

mida en el mas profundo silencio, y se agrupó en el patio del palacio. Eran los opulentos cultivadores de los numerosos dominios del príncipe, que venian desde sus moradas el día del santo de la princesa, á desfilan anualmente bajo las ventanas de sus amos y ostentar ante ellos el lujo de sus establos y de sus campos. El aire estaba como ensordecido al son de las dulzainas toscanas, y la calle estaba como embalsamada por la multitud de flores que sobresalian de las carretas en forma de gavillas, ó por las que rodaban á su paso sobre el empedrado. No me cansaba de contemplar la nobleza del semblante de aquellos aldeanos y aldeanas, que me recordaban las escenas patriarcales de la *Biblia* en la opulenta ciudad de las artes. Estaba embriagado antes de haber visto uno solo de los monumentos de esa capital del genio moderno.

(Se continuará).

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

A pesar del escarmiento que recibieron los moros en la acción del 11 del mes pasado, puede decirse que no ha trascurrido día alguno sin que hayan hecho tentativas mas ó menos infructuosas para coger prisioneros, ó matar á nuestros soldados cuando los veian solos ó en número insignificante. Las cartas de Tetuan estan conformes en decir que nuestro dominio está circunscrito meramente á la ciudad. El día 14 habian matado á dos soldados pertenecientes al tercer cuerpo, y habian herido á otro; posteriormente, estando algunos custodiando un pequeño rebaño de reses vacunas en las orillas de Ouad-el-Jelú, salieron de improviso del otro lado del río unos cuantos moros é hicieron una descarga á nuestros soldados, de la que resultaron cuatro heridos, dos de los cuales ofrecian alguna gravedad. Despues de hacer fuego huyen por entre las asperezas del terreno hasta que llegan á sus montañas, donde se encuentran seguros en sus guaridas salvajes. Estos moros, pertenecientes en general á las kabilas que habitan los valles y cumbres del pequeño Atlas, son una causa de peligro perpetuo para nuestros soldados, tanto mas cuanto que protegidos por lo escabroso del terreno, es imposible de todo punto someterlos, á menos de no emprender contra ellos una lucha en la que, á costa de esfuerzos inmensos, se fuera ganando su territorio palmo á palmo y llevándolo todo á fuego y sangre.

Segun cartas del campamento, parece que la noche del 18 del mes último, la habia pasado en vela el cuerpo de ejército del general Echagüe, porque durante toda ella se habian estado oyendo incesantes tiros cuyas balas llegaban hasta las tiendas del campamento. Al día siguiente parece que se supo que la causa de esto era el que algunas kabilas querian atacar nuestro campamento, y segun algunas correspondencias particulares, parece que efectivamente hicieron algunos disparos; pero las tropas de Muley-Abbas trataron de impedirlo, resultando de aquí un terrible combate entre los moros de rey y las referidas kabilas.

El general Rios continúa ocupandose sin descan-

so en mejorar la poblacion de Tetuan, adoptando todas las medidas necesarias para el buen orden y bienestar de sus habitantes. A mediados del mes último dió un bando prohibiendo la estraccion de todo ganado y estableciendo ciertas medidas respecto á los pastos. La policia de la ciudad habia sorprendido, segun decia, una correspondencia á varios monederos falsos con todos los objetos necesarios para la fabricacion de las monedas.

Segun un periódico de la capital, algunas cartas de Melilla refieren que á principios del mes pasado se habia presentado una mora en aquella plaza, la que habiendo sido interrogada, dijo que el emperador de Marruecos habia enviado á las kabilas del Riff unas treinta mulas cargadas de municiones y dinero, ofreciéndoles igual presente todos los años si defendian su territorio contra las invasiones de los cristianos. Los moros habian devuelto á los de la plaza, mediante algun dinero, varios fusiles de los que cogieron á nuestros soldados en la noche del 9 de febrero.

En el campamento del Serrallo no ocurría novedad alguna á la fecha del 24 del pasado. En las alturas próximas á nuestros reductos continuaban unos cien moros, que parece estaban en observacion de las fuerzas que habia allí, pero permanecian tranquilos y sin ademan de hostilizar.

Un periódico de la capital daba á fines del pasado la noticia de que un oficial español, olvidándose completamente de lo que debia á su patria y á su honor, se habia pasado al campo marroquí, procurando inducir á su asistente á que cometiera tamaña felonía; pero este, no queriendo seguir el deshonoroso ejemplo de su amo, habia vuelto lleno de indignacion al campamento, donde habia dado cuenta de lo ocurrido.

El día 23 de marzo, á las cinco de la mañana, el general en jefe emprendió las operaciones, poniéndose en marcha hácia Tánger. El camino entre esta poblacion y Tetuan, le recorren generalmente los viajeros á caballo, en diez ó doce horas cuando la estacion es buena; pero cuando hace mal tiempo, se ven obligados á detenerse en el Fondak, que se halla á 24 kilómetros de Tetuan próximamente, y allí pasan la noche. Antes de llegar á este punto, y solo á 3 kilómetros de Tetuan, se encuentra á Djebel Ghuby, y á cierta distancia del puente de Bronfoth, hay un arroyo llamado Oued-Samsa. Este puente, que se halla á unos 10 kilómetros de Tetuan, es de piedra, casi nuevo, y está en muy buen estado: para llegar á él yendo de Tetuan, es preciso ir por un camino que forma una pendiente rápida y continuada. Desde Tetuan al Fondak, el país es muy accidentado, y en él se encuentran pasos muy dificiles para los viajeros y casi impracticables para un ejército con artilleria y bagajes; los mayores obstaculos se hallan al aproximarse al Fondak. El punto llamado así, es un arenal en medio del cual hay un patio rodeado de arcos, bajo los cuales estan situadas las habitaciones de los viajeros: este establecimiento pertenece al emperador. Allí hay una especie de guardian que recibe una pequeña retribucion de los viajeros; estos deben ir provistos de todo lo necesario para su subsistencia y la de sus caballos, pues allí no hay nada que comer; lo que únicamente se encuentra es una excelente agua. Este edificio está construido en el fondo de una garganta, en medio

de desiertos y de montañas cubiertas de maleza. Viniendo de Tánger se le ve delante á mas 12 kilómetros de distancia. Saliendo de la garganta en que se halla situado el edificio, el camino que va hasta Tánger es casi siempre directo. A la mitad, próximamente del camino entre Tetuan y el Fondak, es decir, á unos 30 kilómetros de Tánger, se encuentra en un sitio muy pintoresco y cubierto de sombra, una bonita fuente llamada *Amodjeda*, cuyos alrededores en el invierno son muy pantanosos. Cerca de esta fuente se hallan los restos de un campo atrincherado por los romanos. Al lado pasa el camino ordinario de Tetuan á Tánger: de la primera á la segunda de estas ciudades se puede ir por la parte del mar de la Aduana despues de haber atravesado un pequeño arroyo y un pantano cubierto casi siempre de agua en el invierno, pero que en la actualidad está ya seco.

Las cartas del campamento decian que nuestras tropas contaban emplear menos de cuatro jornadas para llegar al frente de Tánger. Correspondencias del mismo punto decian que las tropas marroquíes acantonadas en el Fondak experimentaban la mayor escasez, llegando hasta el extremo de tener que alimentarse con un tubérculo que se encuentra en las inmediaciones del cual, despues de cocido, produce una fécula de la que los moros hacen tortas, asándolas al fuego.

Parece que el disgusto de estas tropas crecia cada día, porque se hallaban careciendo de todo lo necesario. Este ejército está compuesto de tropas regulares y de kabilas de diferentes puntos del imperio, restos unas y otras, de las que se han batido con nuestro ejército siempre victoriosas. Por mucho que la exageracion de formas colosales á las fortificaciones que este ejército ha levantado en el Fondak, es preciso conocer, que con tropas batidas tantas veces como han entrado en acción, y que además se hallan en un estado miserable y mal disciplinadas, no es posible detener en su marcha á nuestros soldados que caminan llenos de entusiasmo, bien pertrechados de todo, y acostumbrados á vencer siempre á un enemigo á quien ya conocen.

El general en jefe del ejército envió al ministro interino de la Guerra un parte telegráfico fechado en el valle de Ouad-el-ras, el 23 de marzo último, á las cinco de la tarde, en el que decía que nuestras tropas habian sido atacadas por los enemigos situados en posiciones de difícil acceso á una legua de Tetuan. El enemigo trató con grande empeño de estorbar el movimiento de nuestro ejército, pero desalojado sucesivamente de todas las posiciones que ocupaba, y arrollado en el valle donde se presentó tambien en fuerzas considerables, tuvo que levantar su campamento á toda prisa para que no cayese en poder de nuestras tropas. En el momento en que el general en jefe daba el parte, el enemigo estaba fuera del alcance de nuestro ejército: todos nuestros generales y las tropas rivalizaron en denuedo y bizarría en esta batalla. Nuestra pérdida en esta acción, que ha sido la mayor desde el principio de la guerra, consiste en 104 jefes y oficiales heridos, siete jefes y oficiales muertos, y de la clase de tropa, 130 muertos y 1,026 heridos. En el número próximo daremos mas detalles de esta gran acción.

El 24 se presentaron nuevamente al general en jefe, en el valle de Ouad-el-ras, los comisionados de Muley-Abbas, portadores de una carta de este, en que con insistencia hablaba de sus deseos de paz, y pedia una entrevista al general en jefe: este accedió á ella, bajo la condicion de que las proposiciones que anteriormente habia remitido serian aceptadas, y que la hora de la cita se le habia de avisar antes de las seis y media de la mañana siguiente, porque á esta hora emprenderia el movimiento. Los comisionados no se hicieron esperar, y ya estaban batidas las tiendas y las tropas en disposicion de marchar, cuando avisaron al general en jefe que el califa iria á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. El general O'Donnell recibió á Muley-Abbas á su llegada en una tienda que habia mandado levantar á 600 pasos de nuestras avanzadas. El 25, á las dos de la tarde, el general en jefe envió otro parte en que decia: «Habiéndose firmado hoy los preliminares de la paz y la celebracion de un armisticio, el ejército marcha á colocarse dentro de la linea del puente de Buseja, que es la divisoria, y en posicion de ser con facilidad y presteza asistido y racionado.»

Respecto á las condiciones de paz, el periódico la *Epoca* decia que, aunque nada se sabe de positivo, el rumor público indicaba como probables las siguientes: «Ensanche considerable de la zona de Ceuta y de la de Melilla; una indemnizacion de 400 millones; residencia en Fez del representante español; ventajas comerciales iguales á las de la nacion mas favorecida; conservacion de Tetuan, hasta el pago total de la indemnizacion, y otra condicion que la voz pública suponía mas ventajosa que todas las anteriores y sobre la cual se guardaba la mas completa reserva. La prensa de la capital, casi en general, ha recibido con placer la noticia de la paz.»

La *Presse* de París ha publicado un notable artículo en el que elogia la conducta del general en jefe, diciendo además que está próximo el momento en que la España volverá á ocupar entre las grandes potencias europeas, el rango que la habia hecho perder el despotismo.

Además de las gracias concedidas anteriormente á los que por su valor y capacidad se han distinguido en esta guerra, S. M. ha dado la grandeza de España para si y sus sucesores legítimos, con el título de marqués de Ouad-el-Jelú al general Ros de Olano, y el de marqués de los Castillejos, con grandeza tambien, al general Prim. Al general Zabala le concedió el título de marqués de Sierra-Bullones, pero parece que el Sr. Zabala no lo ha aceptado.

Los españoles residentes en el Havre han remitido, con destino á los inutilizados en la guerra, la cantidad de 1,065 francos. Los españoles residentes en Orán han remitido al ministro de la Guerra 5,152 francos y 65 céntimos, para los heridos, viudas y huérfanos de sus compatriotas que resulten en la guerra. Los empleados en las minas de Almaden y Almadenejos han entregado 7,667 rs. y 18 céntimos para los inutilizados en la guerra. Los españoles residentes en Malta, han enviado 700 rs. con el mismo objeto. En la comisaría del departamento de Cartagena se han recaudado 74,573 rs. entre los individuos de todas las clases de aquel departamento, en favor de la marina que opera en Africa. En

Filipinas, segun decia un diario de esta capital, se habia abierto una suscripcion en favor de los inutilizados, que estaba ya dando muy buenos resultados. En América se habian abierto igualmente, en Tampico y en Valparaiso, con el mismo objeto; en la Habana pasaba ya de un millon de duros lo recaudado, y finalmente la que hace tiempo se abrió en Madrid y cuyo centro es el Banco de España, ascendía el día 27 del mes último á 4.174,461 rs. y 29 céntimos. Esta es una prueba evidente de las simpatías con que la nacion entera mira á nuestros soldados que pelean en Africa en defensa del honor y de la patria.

El grabado que damos en este artículo representa un moro muerto en la última accion.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion.—Véase el núm. 66).

DE LA KABILIA.

Las siguientes líneas deben considerarse como una página separada de mi libro. He querido describir la guerra en Africa, y lo he hecho como la habia visto. Como actor de este gran drama, solo cuento las escenas en que me he encontrado, considerándome muy dichoso si se me concede un poco de atencion y un lugar modesto entre los hombres que han sabido hacer respetar en la Argelia el pabellon francés.

Otros han hablado de la kabila antes que yo; y entre los escritos publicados, hay uno sobre todos, digno de fijar la atencion del que desee conocer la geografia del país, y por consiguiente el origen, usos y costumbres de sus pobladores. El general Daumas ha ilustrado al mundo sobre un asunto poco conocido hasta la publicacion de sus estudios sobre la gran kabila, remontándose en su libro hasta los primeros tiempos de la ocupacion del país por los vándalos y árabes. Pintando el período de la dominacion turca á grandes rasgos, conduce al lector al través de acontecimientos diversos hasta nuestros primeros encuentros con esos feroces montañeses; concluyendo por fin su libro en el momento en que el mariscal Bougeaud dejaba su ejército victorioso, separándose con pesar de sus soldados para no volverlos á ver mas.

No voy á narrar historias antiguas, ni menos á describir episodios de ayer, sino á echar una ojeada sobre el presente, que es tan solo una copia del pasado: por este creemos indomables á las kabilas, y al ver que no los sometieron los árabes, y que fueron vanos los esfuerzos de los turcos para tal fin, los juzgamos seguros contra nuestros golpes, imposible de someterlos á nuestro yugo, y en una palabra, desconfiamos del porvenir, porque el pasado nos ofrece como imposible la conquista que intentamos.

¿Qué se entiende por kabilas? Muchos sabios han buscado y definido la etimología de este nombre; mas para mí, considero que las kabilas no son mas que los montañeses de Africa, ya habiten el *Riff*, los *Traras*, el *Ua Llavencis*, el *Dahara*, el *Atlas*, el *Djurjura*, el *Aurés*, ó el

Djebel-Amor. A mi vista la verdadera kabila es toda la region que se estiende de Dellys á Philippeville, siguiendo la orilla del mar, y que partiendo de Argel se apoya sobre el Bordj-Hanza, que le sirve de puerta, y Aumale-Setif.

Y bien; esta magnífica comarca, que vale tanto como toda la Argelia, si no por su estension, al menos por la fertilidad de su suelo, por sus aguas y bosques, y por su riqueza mineral; este país, que opone del lado de Argel los contrafuertes dispuestos por la naturaleza para defender sus aproches, solo dista de nuestra capital seis jornadas, y está sin embargo virgen, en cierto modo, de todo contacto europeo. En 1847 la atravesó el mariscal durante una célebre expedicion; pero aquello no fué mas, permítaseme esta comparacion, que un disparo contra la obra muerta de un buque. La bala hizo su agujero, pero fué cerrada muy pronto: del mismo modo conserva la kabila su antigua reputacion de independencia.

En el estado actual de las cosas, cuando la experiencia ha venido á traer su luz entre nuestras primeras tinieblas de ocupacion y de guerra, creo que nunca fundaremos una verdadera colonia, y mas aun que no crearemos nunca una segunda Francia, mientras la kabila no esté, no digo sometida y siendo aliada fiel, sino conquistada.

Hemos llevado nuestro pabellon 150 leguas al S. hácia el interior; al O. ocupamos Lalla-Mghrnia, Zebdú, Saida, Fremda, Tiaret; en la provincia de Argel nos estendemos hasta Ain-Madij, el Aghuat; al E. los habitantes de los oasis del Sara estan sometidos á la Francia; estamos establecidos en Biskara; se diria que insaciables de conquistas, pretendemos nada menos que traspasar el Djebel-Amor y gobernar Tombuctu; no nos preocupamos por las distancias, el clima ni el suelo; nuestros soldados han ido allá y han vivaqueado; esa tierra y ese desierto son ya para siempre franceses.

Solo hay allí una agua salobre, una poblacion nómada que viaja continuamente segun las estaciones; algunos Kiurs se distinguen á grandes distancias en medio de palmeras; nadie se preocupa por tales dificultades, ni por la imposibilidad de colonizar; equivale á hablar de sombras cuando se tiene ante los ojos, á la puerta de Argel, uno de los países mas hermosos del mundo. Se le rodea de un círculo; pero parece que nadie se atreve á establecerse en él.

Francia, que quiere fundar en la Argelia una colonia formal, un desahogadero para el exceso de sus hijos, que se agitan bulliciosamente por no encontrar en la madre patria un campo bastante estenso y un sol hermoso; Francia consagra hoy millones para convertir en hombres libres los países de la civilizacion. Quiere fijarlos al suelo haciendo propietarios á los que nada poseen; les ofrece, no solo los medios de adquirir, sino que les regala, sin ver que no basta decir: «Hé aquí una casa, tierra, bestias, carros é instrumentos! Si trabajais el porvenir es vuestro.»

El suelo africano es rebelde en algunos puntos para los europeos. Aunque el clima es sano, ofrece dificultad el aclimatarse, sobre todo en las llanuras donde las aguas forman grandes pantanos. Es preciso desecarlos, abriendo al efecto

canales, lo que no es obra de un día, ni me atreveré á decir, de una sola generacion: semejante obra exige tiempo y brazos. La tierra está casi virgen y nadie se atrevería á primera vista á tomar posesion de ella. La esperiencia del pasado debe servir de grande enseñanza, y sin tratar de disimularlo, aun está lejos el día en que los valles del Mitidja, del Saf-saf, del Chelif y del Scibona, esten habitados por europeos que puedan abrir surcos, sembrar, recoger, sin que miasmas venenosos, mensajeros invisibles de la muerte, diezmen todos los años la poblacion.

¡Cuánta sangre generosa se ha vertido sin embargo por conquistar ese país! Hace cerca de veinte años que nuestros soldados recorren la Argelia para arrancarla del dominio de sus antiguos poseedores. ¡Cuántos hombres han sucumbido por ocupar un punto aislado, donde tal vez nunca se fijarán colonias; mientras que la décima parte de los esfuerzos empleados bastarian tal vez para someter toda la kabila! He dicho y repito, que empleando en la frontera columnas móviles, bastaria un ejército de 50,000 hombres para ocupar la Argelia, asegurar la tranquilidad y permitir que la colonizacion pudiera desarrollarse en todos sentidos y con toda seguridad.

Debo añadir que este sistema lleva necesariamente consigo la condicion de que no subsistirá un germen de discordia en medio de nuestra ocupacion. Cuando estemos establecidos en la frontera de Marruecos, llanos limítrofes de la regencia de Túnez, y no existan mas barras que las colocadas por Dios desde la eternidad, dos mares, uno de agua y otro de arena, no podremos sufrir que una pequeña parte de nuestro territorio proclame su independenciam, y que unos montañeses, por valerosos que sean, puedan decir: «No ireis mas lejos, si nuestro interés nos lleva allá, cubriremos vuestro mercado, llenaremos vuestras poblaciones, compraremos y vendemos á nuestro arbitrio; pero en cuanto á vosotros, os está prohibido el acceso á nuestro país, que es inviolable y sagrado.»

Y, sin embargo, lo dicho es una verdad; la kabila es tan independiente, á pesar de las 80,000 bayonetas francesas, como lo era cuando el Odjask contaba 5 ó 6,000 genizaros; ocupa un país admirable por su fertilidad, el único de la Argelia que tiene relaciones de semejanza con los valles de Francia: la comarca regada por el Ued-Sabel y el Summar, es tan hermosa como el Graisivandán ó la Limagne.

El árabe es nómada; su riqueza consiste en rebaños: cuando ha cargado su tienda sobre un mulo ó un camello, lleva consigo su patria, y es por consiguiente casi inconquistable: el kabila vive en bellos y numerosos pueblos, cuyas casas estan construidas con piedras y ladrillos, como la mayor parte de Francia; el techo, en general, de paja, es de tejas en las casas de los ricos; establos y cuadras sirven para abrigar los caballos y ganados.

El árabe, esencialmente perezoso, huye al trabajo, va de fiesta en fiesta y solo se ocupa en gozar durante nueve meses del año; pero el kabila, mas afecto á su suelo, trabaja sin cesar. El árabe tiene siempre el desierto como refugio seguro; pero el kabila no podria escapársenos, pues cultivador por excelencia, solo se ocupa de sus campos que defenderá hasta la muerte sin

abandonarlos. También es industrioso y elabora todos los objetos necesarios para el uso de la vida, de modo que es vulnerable en todas partes, en su casa, en su campo y en su industria, por cuyo motivo solo tiene una alternativa ante la Francia: someterse ó morir.

Su mayor y tal vez única fuerza, es su antigua reputacion de independenciam. Habiendo sojuzgado 3.000,000 de árabes esparcidos en una estension tan grande como la de Francia, gentes que son esencialmente móviles y muy difíciles de alcanzar para someterlas, pues basta una jornada á sus arrogantes ginetes para alejarse á una distancia enorme que los ponga á cubierto de nuestros golpes; que siendo hombres valientes por temperamento y fanáticos, no solo reconocen nuestras leyes, sino que nos sirven con fidelidad, al menos aparente; cuando los mas esclarecidos de entre ellos se honran con ser nuestros kabilas, nuestros *Aghas*, en una palabra; cuando los árabes no solo pagan tributo, sino que nos han abandonado la mayor parte de sus tierras, ¿seremos nosotros vencedores suyos y permaneceremos vasallos de los kabilas?

Es verdad que podemos ir hasta el Bordj-Hanza; pero en su orilla derecha, á un tiro de fusil, nos encontramos con las columnas de Hércules, al paso que en Bugia no pasamos del puerto de Fezi, y en Djigelu no podemos separarnos de nuestros parapetos. ¿Cuál es, pues, esa raza de gigantes que juega así con la Francia y que estrechada por todos lados se aísla como la China? El país que la abriga es una especie de Suiza salvaje, cuyas numerosas tribus forman á manera de pequeños cantones; pero desprovista de artillería y casi de caballos, vive independiente en medio de nosotros, fiando en sus antiguas tradiciones.

Semejante estado de cosas es anormal: la kabila organizada como hoy está, es un jaque moral para nuestro ejército, al mismo tiempo que una pérdida inmensa para nuestra colonia.

Nos hemos dejado arrastrar á conquistas lejanas; hemos gastado mucho dinero y vertido mucha sangre para escribir en el tronco de una palmera la copia de la famosa inscripcion de Desaix en el alto Egipto, á saber: «Tal día llegó hasta aquí el ejército francés, y escedió con esto á los romanos» Esto es bellissimo; pero cuesta demasiado y produce poco.

(Se continuará).

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

El mar y el coral: los volcanes y las lavas.

El mar, esa masa de agua, que ocupa los tres cuartos de la superficie terrestre y que recorren los buques, sirviendo de vehículos á la civilizacion y á la industria humana, merece y solicita justamente el estudio de los que anhelan conocer los fenómenos maravillosos que ostenta la creacion en sus menores detalles. La distribucion de los mares, sus modificaciones sucesivas, la diferencia entre sus niveles, las mareas, las corrientes de sus aguas y las de los vientos que las agitan, constituyen un admirable y sorprendente conjunto de hechos y fenómenos, que

nos ocuparán en varias de nuestras *Lecturas* esto sin tener en cuenta que enorgullecida la ciencia por sus progresos y movida por sus constantes deseos de estudiar la creacion, ha encontrado medios para descender á los mares, haciendo accesible á sus investigaciones el mundo acuático, y obteniendo así hechos, datos y conocimientos, tan curiosos como instructivos.

El hombre al explorar los abismos del mar al estudiar la vida submarina en sus distintas manifestaciones, ha procurado gozar de las maravillas y de las riquezas que aquellos encierran, creadas por Dios para este fin; puesto que los naturalistas han descubierto al examinar la formacion del ojo de los peces, que solo pueden ver estos los objetos que les cercan; en cambio al hombre le es dado, al descender á las profundidades del mar, apreciar de una manera distinta y perfecta todos sus detalles y la vida de sus habitantes. Al estudiarla llama desde luego la atencion, la guerra incesante, la destruccion continua que entre ellos surge, admirablemente compensada por la poderosa fuerza de reproduccion con que Dios los ha datado, y por el rápido desarrollo de que gozan. En prueba de estos hechos, recordemos que, segun numerosas esperiencias, es innegable que los peces adquieren su completo desarrollo en menos de un año, y que si la ballena, cuyo crecimiento es portentoso, se traga de una vez millares de individuos microscópicos, en cambio es tan notable el número de estos que ocupan un reducido volumen, que se cuentan por miles de billones en los bancos colosales que pueblan el Océano.

Si se estudia la flora submarina, en los fondos del mar se nota una vegetacion verdaderamente tropical, de diversas y sorprendentes formas, y de mágicos y vivos colores: mas de 2,000 especies de vegetales submarinos conocen hoy los naturalistas, entre los cuales son harto comunes verdaderos gigantes vegetales cuyas longitudes se hallan comprendidas entre 100 y 1,500 piés. En medio de esta vegetacion, los peces y los pólipos con sus caprichosas formas y con sus matizados colores, realzan de una manera admirable el aspecto estético del conjunto de escrito, del cual el hombre ha recabado ya numerosas utilidades. Los habitantes de las costas sacan verdadero producto de la lechuga marítima y de otros vegetales, que como el arrowroot, se han generalizado actualmente por su fácil digestion. La agricultura utiliza las algas que los desórdenes del mar acumulan en sus orillas, y la química ha extraído de las mismas el iodo, procurando un elemento inapreciable á la medicina y á la industria.

Siéndonos de todo punto imposible describir y estudiar en una sola *lectura*, aunque sin detalle alguno, los hechos principales de la vida submarina, nos ocuparemos en la actualidad de los corales y de la industria que origina su explotacion. Los corales se han conocido desde la mas remota antigüedad; y los griegos, si nos atenemos al dicho del célebre sabio alemán Mr. Scheidweiller, los conocian por la denominacion de *hijos del mar*, lo cual dió lugar á varios errores científicos: sorprendidos al notar que estraidas del agua las formas florales de que tratamos, presentaban el especto de una piedra de color, y convencidos de su naturaleza vegetal, creian

que espuestos los corales al aire se petrificaban instantáneamente, y este error sobre la constitución de los corales, se hallaba tan admitida, que en 1727 se ocupaba Reaumur ante la Academia de Ciencias en indicar la naturaleza animal de los corales. El sabio holandés Trembley demostró aquella completamente en 1740, así como la afinidad de los corales con los demás pólipos, y por último, el compañero del célebre navegante Cook, en 1780 probó positivamente que gran número de las islas del Sur debían su existencia á la aglomeración de los corales. Diferentes teorías se han espuesto para explicar la formación de los bancos de coral, y sin detenernos en enumerarlas, ni en descifrar enigmas harto curiosos por cierto, pasaremos á ocuparnos del coral y de la industria que origina en las poblaciones italianas, que son las que procuran esos objetos lujosos y artísticos que realzan la belleza y cautivan la vista.

Los corales abundan extraordinariamente en el golfo de Nápoles; siendo de diferente naturaleza y de matices diversos los que se obtienen en sus fondos. Los instrumentos que se utilizan para la pesca del coral son sumamente sencillos: una barca, unas redes y varias sondas, tales son los útiles de que se proveen los pescadores napolitanos que se dirigen á explotar los bancos, cuya profundidad máxima no excede en la localidad que nos ocupa, de seis ó siete metros. La sonda consta de un vástago de madera ó de hierro, ajustada en el centro de un cuerpo pesado, que viene á ser una piedra ó una masa de hierro. El extremo inferior de la sonda se halla provisto de dos resortes en forma de pinzas, y al darse caer el cuerpo pesado al agua, su choque con el banco submarino determina la hincada de las pinzas originando el cierre de los resortes, que al aprisionar los materiales que han cogido sus mordazas, permite su extracción del fondo del agua. Además, cada barca pescadora posee una ó varias palas, provistas de mangos de una longitud adecuada, por medio de las cuales, pueden remover sus tripulantes el fondo que van á explotar. En algunos puntos del golfo de Nápoles se ven funcionar también dragas, análogas á las que actúan en los puertos, pero movidas por varios hombres, por cuyo medio se extraen los materiales que proporcionan el coral.

Después de haber pescado los corales se someten á la clarificación, sin cuyo requisito no se espenden en el comercio. Consiste aquella en arrojarse el coral en calderas llenas de agua en ebullición, por cuya acción se disuelven las materias terrosas, deponiéndose aquel en el fondo de las mismas. De las materias terrosas, después de una preparación conveniente, se obtienen la coralina y los polvos de coral, que á tantos usos se destinan en la industria. El trabajo de los pendientes, medallones, gemelos y demás artículos de coral, se efectúa en talleres provistos de sierras, tornos, piedras de amolar y pequeñas máquinas de horadar, confiándose su talla á varios artistas, alguno de los cuales marcan en ella con notable perfección, las altas dotes que han immortalizado á Cellini y á otros distinguidos escultores.

Pasemos á ocuparnos en la actualidad de las lavas ó sea de las diferentes materias fundidas que arrojan los volcanes ó montañas en las cuales

surgen acompañados de notables movimientos, de singular ruido, de densos vapores y de enrojadas llamas, los fenómenos originados por la acción ígnea de nuestro globo. Se denominan erupciones las emisiones á las cuales nos referimos, y cráter del volcan, el orificio por el cual se efectúan. Llegan á ciento setenta los volcanes en actividad, que actualmente se cuentan en Europa, siendo los más célebres el Vesubio y el Etna, así como el de la isla de Stromboli, que desde la más remota antigüedad ofrece el fenómeno de hallarse en constante erupción. El número de los volcanes apagados, ó que se encontraban en actividad antes del estado actual de nuestro globo, es muy numeroso, y su extinción se debe ciertamente á grandes y notables convulsiones terrestres.

La parte superior de las lavas ofrece un aspecto esponjoso y análogo al de las escorias; pero su interior presenta otra textura más parecida á la de la piedra: existen numerosas variedades de lavas, y sus denominaciones reconocen por punto de partida su aspecto exterior y su distinta composición. No todas pueden someterse á los procedimientos que se emplean en Nápoles y que transforman aquellas masas informes en objetos de lujo y de no escaso valor. La industria de la lava, según datos estadísticos de origen oficial, emplea más de 35,000 artesanos, de los cuales 15,000 se ocupan en los trabajos manuales que aquella exige, y 20,000 á la venta y preparación de la materia primera. En Nápoles existen más de 480 moldeadores y 300 tallistas, y los productos de la industria de que tratamos constituyen el principal artículo de exportación del comercio napolitano, al cual procura notables beneficios, puesto que se estiman estos en 70 millones de reales. Las agujas, los pendientes, medallones y brazaletes, las estatuas y adornos de lava poseen un valor notable, que depende más de su mérito artístico que del precio de la materia primera.

Ya hemos dicho anteriormente que las lavas que se emplean en la industria ofrecen en su composición una variedad numerosa, que á fuerza de práctica reconocen con toda exactitud los operarios de Nápoles en vista de sus caracteres exteriores. Los colores de las lavas son el de purpura en unas, negro, azul y gris de plomo en otras, y color de perla en varias, que se estiman mucho por no ser comunes. Tales son en general las lavas que utiliza la industria y que recoge al pie de los volcanes: la facilidad que ofrece su fabricación se debe á la fusibilidad que las caracteriza, por la gran cantidad de materias alcalinas y de cal que contienen. En un principio se enrojaban las lavas y se arrojaban en seguida al agua para destruir su dureza, después se pulverizaban y se mezclaban íntimamente con una masilla ó mástic formado de resina, cera y aceite de linaza, resultando de esta unión una sustancia suave al tacto, y que sumergida en el agua, constituía una pasta que podía amasarse sin romperse, propiedades que perdía al espónerse al fuego. Estos procedimientos no se apropiaban ni á las exigencias del moldeo, ni á la de los tallistas por ser frágil la pasta obtenida; por lo tanto se procuró combinar la lava con la cola fuerte y el alumbre, y tampoco se consiguieron notables resultados. Después de una experiencia continuada, se vió que era indispen-

sable triturar las lavas, amasarlas con una cantidad mínima de agua, y esponer la pasta después á la acción enérgica de la prensa hidráulica. Preparada según este sistema, la lava es muy compacta, poseyendo una dureza notable y prestándose á adquirir el pulimento del mármol. Otra de las aplicaciones de la lava reconstruida artificialmente, es su empleo en las construcciones, puesto que, según la opinión de autorizados ingenieros, es más sólida, de mayor duración y de un aspecto más bello que la piedra, prestando á los edificios con ella construidos cierto carácter de suntuosidad, obtenido con notable economía, puesto que su valor solo es el quinto ó el sexto del de la piedra.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Un corresponsal de Turin habla de la ceremonia que en dicha capital tuvo lugar, al recibir el rey Victor Manuel al caballero Farini, que era portador del acta de la votación de la Emilia. El rey, congratulándose de lo espontáneo de la manifestación, dijo que era el último paso de la política sabia seguida por aquellas poblaciones; que aceptaba sus votos y se vanagloriaba de contar entre sus súbditos á los habitantes de la Emilia.

Hablando de la Rumanía, añadió que, no por aceptar el sufragio de esta provincia, dejaba de reconocer el respeto que debía al jefe de la Iglesia, y que, por el contrario, estaba resuelto á contribuir al sosten del esplendor pontifical y á tributar homenaje á la alta soberanía de la Santa Sede.

En seguida quedó firmado el decreto de anexión.

El gobierno piemontés desea tomar pronto posesión de la Rumanía, y se halla disgustado de la poca energía de la Francia, que parece temerosa ante las amenazas del papa.

Algunos napolitanos han sido desterrados de Nápoles, y otros, al tiempo de partir, han recibido contraórden, porque el Austria ha desaprobado estos excesos de despotismo, por parte del gobierno de las Dos-Sicilias. Un general austriaco ha llegado á Nápoles, y se le creía portador de comunicaciones importantes. Los embajadores de Francia é Inglaterra han aconsejado al monarca napolitano mucha moderación y grandes reformas.

La última nota del ministro de Negocios extranjeros de Francia preocupa mucho al gabinete inglés. Se cree que en el parlamento británico se reproducirán las sesiones acaloradas acerca de este grave asunto.

Parece confirmarse la cesión de la Cerdeña á anexionar la Saboya y Niza á la Francia. Corría en París el rumor de que la Inglaterra y la Prusia protestaban; pero los periódicos ministeriales franceses decían á esto que «Francia formaría acta de la protesta; pero que la bandera imperial flotaría pronto en Niza y Saboya.»

Corría en París la voz de que es imposible que el rey de Nápoles pueda prestar al papa 15,000 hombres para guarnecer á Roma, en sustitución de las tropas francesas; y se añadía que la imposibilidad del rey de Nápoles estriba más principal-

mente en la agitacion revolucionaria que se observa en las Dos-Sicilias.

Los periódicos franceses han insertado el testo de la protesta de la Suiza contra la anexion de la Saboya.

La asociacion nacional alemana establecida en Lóndres, ha dirigido á todos los periódicos una protesta contra la ambicion que muestra la Francia para ensanchar sus fronteras.

En Florencia se ha celebrado con un solemne *Te Deum* el resultado de las votaciones, tan favorable á la anexion. La ciudad se empavesó en medio del mayor entusiasmo, y el clero toscano felicitó á Victor Manuel y á Ricasoli.

De París escriben que por mas inminente que parezca la anexion de la Saboya á la Francia, todavia es problemático este hecho, y en aquella capital empezaba á cundir la voz de que si se encontraba resistencia en Europa, se crearia un Estado independiente en Saboya y Niza.

El *Morning-Post* dice que es falso que el Austria piense protestar contra la anexion de Saboya.

A consecuencia de la votacion anexionista, la asamblea toscana ha sido disuelta.

En Niza continúa manifestándose tal aversion á pasar á la dominacion francesa, que aquella puede calificarse de odio. Públicamente se grita por las calles: «¡Libres, antes que franceses!» y aun, segun algunos diarios de París, ha sido violentamente acometido el redactor del *L'Avenir*, periódico defensor de la anexion, pudiendo salvarse milagrosamente.

Asegúrase que ha llegado á Turin una nota del Austria, en la cual se anuncia que dicho Imperio se opondrá á toda violacion de los derechos de la neutralidad suiza, que están garantidos por los tratados. Esta misma noticia se ha recibido de Lóndres.

Una correspondencia de Italia dice que el conde de Cavour será elegido diputado por todas las principales ciudades de Italia; Ricasoli, Farini, que entra de ministro de lo Interior, Garibaldi y el célebre napolitano Poerio, lo serán tambien por Milan, Génova, Pavia y Turin; Salvagnoli, Corsini, Pepoli y otros que han tomado una parte muy activa en la última revolucion, serán nombrados senadores. Dicese que Ricasoli será el candidato ministerial para la presidencia de la cámara. Esta cambiará desde el primer momento el titulo del nuevo Estado, que, en vez de llamarse *Reino de Cerdeña*, se llamará *Reino de Italia*.

La *Opinione* de Turin dice que en el caso de fulminarse la escomunion contra el rey, este mandará confiscar todos los bienes de la Iglesia en su reino, y hasta donde alcance su poder, salvo los de aquellas iglesias cuyos obispos y clero se pusiesen de su parte y protestaran, no admitiendo la medida adoptada por el papa.

Dicen de Turin que habia ya llegado á dicha capital la bula de escomunion contra Victor Manuel. Segun parece, el consejo de Estado, apoyado en las antiguas leyes del reino, ha aconsejado al ministerio que no se considere válido este documento, por no tener el régio *exequatur*. A pesar de este dictámen, parece se ha decidido su publicacion, para que no se creyera que habia temores.

La *Gaceta Oficial* de Nápoles anuncia haberse aceptado la dimision de Filangieri y su reemplazo por el principe Cassero.

El *Times* dice que con motivo de la anexion de la Italia Central al Piamonte, el Austria aplazará el reanudar sus relaciones diplomáticas con la Cerdeña.

El *Constitutionnel* dice en un artículo firmado por Mr. Grandguillot, que es satisfactoria la actitud de Europa respecto de la Francia. Hasta el día solo han protestado contra la anexion, la Suiza en París y la Inglaterra en Turin; pero Francia contestará tomando acta, como se hizo respecto de Cracovia.

El rey de Nápoles ha partido para Gaeta, á donde le seguirán sus equipajes militares. El ejército de los Abruzzos se concentra. Asegúrase que se ha resuelto poner sobre las armas á todos los hombres útiles, hasta la edad de 40 años.

La manifestacion hecha en Roma con motivo de los dias de Garibaldi, fué reprimida á costa de bastante sangre. Asegúrase que llegan á cuarenta los heridos.

Lord Jhon Russell declaró estos dias en el parlamento, que no se presentará á este la respuesta á la comunicacion de M. Thouvenel, sobre la anexion de la Saboya y Niza, porque su presentacion perjudicaria los intereses públicos. Hubo una viva discusion acerca de la cuestion de Saboya, pero no produjo resultado alguno.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—De real orden se ha declarado que corresponde al Consejo de gobierno y administracion del fondo de redencion y enganches del servicio militar hacerse cargo del producto de las redenciones que se verifiquen, á contar desde la quinta de 50,000 hombres perteneciente al año actual, quedando por consecuencia á su cuidado el pago de las cuotas y gratificaciones señaladas á los reenganchados ó voluntarios que hayan contraido ó contraigan sus empeños con las condiciones que marca la ley de 29 de noviembre de 1859.

La administracion militar intervendrá en todas las operaciones consiguientes al pago de las cuotas ó gratificaciones señaladas á los reenganchados y voluntarios del ejército é institutos que actualmente existen y contrajeron sus empeños con arreglo á las prescripciones del reglamento de reenganches de 2 de julio de 1851 y á las demás disposiciones anteriores á la citada ley de 29 de noviembre, las cuales deben considerarse vigentes hasta tanto que sus compromisos no se hayan extinguido; siendo tambien de su incumbencia la resolucion de las reclamaciones que se promuevan por los herederos de sus fallecidos.

Los productos de las redenciones que por cualquier concepto puedan hacerse por individuos correspondientes á reemplazos anteriores al de 50,000 hombres del año actual, ingresarán en el Tesoro público y figurarán en la cuenta que la administracion militar rinde al Tribunal de las del reino.

—S. M. ha tenido á bien declarar que continuen siendo vitalicias, como hasta aquí, las pensiones y escudos de ventaja anejos á las cruces de María Isabel Luisa, cuando estas se propongan ó concedan por acciones de guerra en la forma que establece el art. 26 de la real instruccion de 14 de julio de 1837.

—Para regularizar en lo posible el servicio de bagajes, se ha servido S. M., en real orden fecha 7 del actual, dictar las disposiciones siguientes:

1.^a Se declara el servicio de bagajes obligatorio de las provincias. Las diputaciones provinciales incluirán todos los años en sus respectivos presupuestos una cantidad alzada, que sea suficiente en todos los casos para atender este servicio.

2.^a El servicio de bagajes se sacará siempre subasta, debiendo verificarse esta con arreglo á la real orden de 18 de agosto de 1857 en la parte que no se altere por la presente.

3.^a Si verificada dos veces la subasta con arreglo á la real orden citada, no hubiese ofrecido resultado, se repetirá aquella por una cantidad alzada en cada uno de los puntos de etapa de la provincia.

4.^a Cuando no haya podido subastarse el servicio de bagajes de ninguna de las maneras indicadas, se pedirá autorizacion al gobierno para contratarlo, proponiendo al propio tiempo las condiciones del contrato, y acompañando el dictámen que haya dado acerca de ellas el consejo provincial.

5.^a Las diputaciones provinciales fijarán todos los años en la época de la formacion de su presupuesto, el *máximum* y el *minimum* de los tipos con que han de hacerse las subastas ó los contratos, sea cual fuere la manera en que se celebren. Sin salirse de estos tipos, elegirá el gobernador el que ha de servir para la subasta, el cual se mantendrá secreto y escrito en un pliego cerrado que será el primero que se abrirá en ella.

6.^a El gobernador convocará las diputaciones á reunion extraordinaria, cuando á su juicio por efecto de las circunstancias conviniese alterar los tipos ya designados antes de anunciarse una subasta ó despues de celebrada su resultado.

7.^a Las diputaciones provinciales informarán así mismo sobre las subastas ó contratos ya celebradas en su reunion inmediata, y este informe se unirá á la cuenta provincial del año, y se pasará una copia de él al ministerio de la Gobernacion para su conocimiento.

—La *Gaceta* ha publicado una interesante circular del señor ministro de Fomento encaminada á fomentar y mejorar la educacion y enseñanza de los sordos, mudos y ciegos. Con tan plausible y humanitario fin, se previene á los rectores de las universidades que, en union de los gobernadores de las provincias, dispongan el establecimiento de escuelas especiales en los distritos universitarios, señalando en los presupuestos las cantidades necesarias. Al mismo tiempo se ha dispuesto que en las escuelas de profesores de instruccion primaria se dé á estos la enseñanza conveniente para que se admitan en las aulas á estos seres tan dignos de compasion y de ayuda.

Las mejoras iniciadas en este ramo son verdaderamente importantes. El colegio de Madrid va á ser reorganizado, aprovechando los trabajos de la entendida junta que hace dos años se ocupó de esta reforma.

Mientras tanto, los alumnos de la escuela normal central asisten á las lecciones del colegio de Sordo-mudos y de ciegos, y toman parte en los ejercicios prácticos. Hace mas de dos años que co-

tal objeto se inauguró un curso especial de estudios y continúa en el presente. En este tiempo se han instruido ya muchos maestros, y se hallan en aptitud de ejercer la enseñanza, y de servir de guía á sus comprofesores de la provincias.

Una vez instruidos estos, y establecidas las escuelas especiales con talleres en que los sordomudos y ciegos aprendan un oficio, se habrá hecho un gran bien á estos desgraciados.

RÓMULO.

CRÍTICA TEATRAL

TEATRO DEL PRINCIPE. — UN TIBERIO, *disparate en un acto traducido del francés.* — TEATRO REAL. — QUINTO CONCIERTO SACRO. — TEATRO FRANCÉS. — LES ENFANTS TERRIBLES.

Todas las novedades dramáticas de que tenemos que dar cuenta esta semana, se reducen (vergüenza nos cuesta confesarlo) á una pieza en un acto, — ¡y qué pieza! — titulada *Un Tiberio*. Tal vez nuestros lectores no comprendan el significado de esta palabra, que traducida al idioma decente, quiere decir, *borrachera, palos y amores de orgia y desorden*. Semejantes producciones tabernarias, que hace tiempo vienen siendo acogidas con verdadera fruición por el gracioso de la compañía del teatro del Príncipe, Mariano Fernandez, son preferidas con mucho á producciones que, si bien carecen de mamarrachadas, tienen al menos condiciones que el público no rechaza, y que no traspasan el límite del decoro que á este se debe. Sin embargo, no culpamos ni debemos culpar en absoluto de estos desmanes al primer actor cómico de la compañía del coliseo del Príncipe; culpamos también á la empresa, y por más que nos duela decirlo, al Sr. Catalina, porque como primer actor y director de escena consiente que esta se profane de tal modo, que á continuar como hasta aquí, el verdadero público se retraerá de frecuentar un teatro que hasta ahora había mirado con predilección.

En prueba de lo que decimos, y de que el señor Fernandez abusa de la indulgencia de los espectadores de un modo harto imprudente, vamos á referir á continuación, tomándola de uno de nuestros colegas, la escena de gresca, chacota y algazara de que por desgracia fuimos también testigos una de estas pasadas noches, y cuya escena volvió á reproducirse la noche siguiente, con harta paciencia del público espectador.

«Representábase, dice, el propósito cómico-lírico del Sr. Sobrado, *Concha*, y el público que era muy escaso y que se componía en su mayor parte de gente de la casa, convirtiendo el teatro en un objeto de broma, empezó á hacer repetir coplas y más coplas á Mariano Fernandez, y este á dirigir á su vez cuchufletas á sus amigos, prolongándose de tal modo el improvisado y grotesco espectáculo, que llegamos á figurarnos que se haría interminable.

Mariano Fernandez canta muy mal, pero tiene mucha gracia, y sobre todo mucha facilidad para improvisar coplas de circunstancias, las más de ellas oportunísimas. Esto llega á producir á veces tal efecto en el público, y muy particularmente en los que buscan á toda costa la burla, que no hay más medio que resignarse á correr la

broma ó abandonar el teatro, como lo hicieron algunas personas en la noche á que nos referimos. En vano Mariano Fernandez, fatigado ya de cantar (y eso que es su vicio) y de hacer piruetas y contorsiones, dirigía á sus estrepitosos apasionados indirectas como la siguiente, ladeándose despues el sombrero de gitano y poniéndose en jarras:

Son VV. muy poquitos
Y ya va la copla cuarta,
Si VV. me piden otra
Salen á copla por barba.

Los bullangueros renovaban sus gritos, y Mariano cantaba y bailaba con nuevo furor.

Era un triunfo en familia, que tenía todos los visos de la embriaguez y la locura. Mariano Fernandez, mas que actor, semejava un payaso que, abusando del decoro escénico, se entregaba á todas las escentricidades imaginables, llegando hasta el extremo de coger á la Zapatero por la cabeza, y á petición de dos ó tres abonados, bailar con ella una polka aporreándola que era un gusto.

Esa noche, á pesar de cuanto llevamos referido, no es más que el prólogo de lo que había de suceder á la siguiente, que fué la del miércoles.

Diósenos por única novedad una pieza traducida ó arreglada del francés, que llevaba por título *Un Tiberio*.

Entre la gente bulliciosa y pendenciera, *Un Tiberio* quiere decir: *turcas, amores desordenados y porrazos*. Como se ve, el título de la pieza no podía ser más significativo y tabernario. A tal punto llega el estragamiento y la perversion del buen gusto, que ya para dar nombre á las obras escénicas, se apela al *caló*. Pues bien; con decir que la desdichada pieza á que nos referimos, es peor de lo que su título significa está dicho todo. Durante su representación sentimos náuseas. El público, sin embargo, lo toleró y no dejó de estar lógico en ello; pues llamándola el arreglado en los carteles *disparate*, no podía darse por engañado.

Despues volvióse á repetir el juguete cómico-lírico *Concha*, y volvieron á reproducirse las mismas escenas de la noche anterior, dando campo á Mariano Fernandez para hacer lo que haría un histrion italiano en una plaza pública.

No paró allí la broma. Una actriz que entre bastidores presenciaba la gresca, queriendo por su parte aumentarla, sujetó con una cuerda un brazo de Cubas, actor que permanecía sentado segun lo requería la situación, y que al irse á levantar se encontró amarrado al bastidor.

Varios espectadores celebraron mucho aquella gracia y principiaron á llamar al autor. Mariano Fernandez anunció que era *autora* y los aplausos resonaron con doble fuerza pidiendo que saliera. Entonces el gracioso Fernandez nos presentó á la graciosa Cairon, que hacia como que se ruborizaba, y la algazara fué completa. Fernandez llamó en una de sus coplas *escandaloso* al público, y las risas aumentaron, volviendo á bailar el grotesco actor una polka con la Zapatero como la noche anterior y también á petición de los bullangueros, con lo cual dióse por terminado el escándalo.

Así, en vez de *Un Tiberio* que nos habían

anunciado los carteles, vimos *dos Tiberios*, y con el de la noche anterior *tres Tiberios*. Unas cuantas noches por el estilo, y el teatro del Principe se convertirá en una tienda de andaluces y se armarán por dentro y por fuera *Tiberios*, y las personas formales huirán llenas de disgusto.

Creemos cumplir con nuestro deber de periodistas que aman el decoro del teatro, llamando sobre estos abusos toda la atención del joven director del Principe Sr. Catalina, cuya ilustración y sensatez nos complacemos en reconocer, para que no consienta la reproducción de tamaños escándalos.»

Hasta aquí, nuestro querido amigo el Sr. Rosa Gonzalez. Por nuestra parte solo añadiremos que si el teatro ha de ser la escuela de moralidad y de costumbres, cumple muy mal con su misión la empresa del Principe, autorizando esos desmanes en actores que de ese modo faltan al público.

El Régio coliseo ha celebrado el quinto concierto sacro, muy parecido á los anteriores, en el que han sido aplaudidos como siempre la Fiorretti y la Trebelli en el duo *Quis est homo*. La Calderon en el coro y estrofa pastoril del maestro Allari, y Bouché en el coro y recitado *Eia Mater*.

Por último, el elegante coliseo de la calle de la Magdalena ha puesto últimamente en escena el chistosísimo vaudeville en dos actos, *Les Enfants terribles*, en el que ha sido sumamente aplaudida la excelente actriz Mlle. Potel, quedando el público muy complacido de su ejecución en general.

Estas son por desgracia las únicas noticias que en la presente semana podemos dar á nuestros lectores.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

La Guerre d'Italie, par Mr. Victor PAULIN. Un vol. in-4°; á la librairie de l'illustration.

Esta publicación abraza la narración histórica, política y militar de la guerra de Italia, acompañada de unos 300 grabados en madera. Estos últimos se han ejecutado con arreglo á croquis y dibujos tomados del album del Emperador y de la colección del diario de *La Illustration*. Bajo el punto de vista pintoresco, es trabajo que ofrece, bajo una forma deleitosa, el panorama completo de la campaña. Campos de batalla, episodios, retratos se suceden de página en página, por lo tanto se mira y se ve la guerra de Italia. El texto, que comunmente suele sacrificarse en obras tan bien ilustradas, es muy esmerado en la presente. Encierra todos los documentos oficiales, no refiere sino los hechos auténticos y presenta el resumen claro y animado de los sucesos; pudiendo decirse en suma, por una especie de justa reciprocidad, que Mr. Victor Paulin se ha propuesto ilustrar los grabados.

Les Contemporains portugais, espagnols et bresiliens, par A. A. TEIXEIRA DE VASCONCELLOS. T. I; 59, rue de la Chaussée-d'Antin.

Nos admiramos con frecuencia del grado de ignorancia, en que puede vivir el público en algunas naciones meridionales, como el Portugal, la



Edificio de la Puerta del Sol que amenaza ruina, por la pequeñez de su base.

España y el Brasil. Mas en verdad, que, aunque conozcamos los principales acontecimientos de su historia contemporánea, lo mas frecuente es no pasar de esta noción superficial, y no hacerse cargo de las costumbres, ni del estado real de las cosas, ni lo que es mas, del carácter de las personas. Esto no depende tan solo de la indiferencia del pueblo europeo, si que tambien en gran parte de la negligencia, que ponen tales países en darse á conocer á sí mismos. De ahí la formación de una *sociedad ibérica*, que con el propósito de colmar esta laguna de la historia contemporánea con una serie de publicaciones concierentes á España, Portugal y el Brasil va á darnos á conocer estos países con su organización, su constitucion, sus revoluciones y los hombres, que en él han representado un papel eminente. El que anunciamos es el primer volumen recién impreso de tal publicacion. Contiene la historia de Portugal y de la casa de Braganza. Es obra de Mr. Teixeira de Vasconcellos, principal promovedor de la empresa. Este primer tomo encierra bastantes hechos útiles y ofrece bastante interés, para que no haya de desearse la continuacion de unas publicaciones, en que la geografia se enlaza á la historia y á la política.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Nouvelles andalouses, scènes de mœurs contemporaines, par FERNAN CABALLERO, traduites de l'espagnol avec l'autorisation de l'auteur, par A. Germond de LAVIGNE. Paris, 1859. Un vol. in-12, 10 rs.

Alphonse Esquiros: L'Angleterre et la vie anglaise. Paris, 1859. Un vol. in-12, 14 rs.

Traité de vénérie, par M. d'YAUVILLE, premier véneur et ancien commandant de la vénérie du roi. Paris, 1859. Un vol. grand in-8°, avec planches, 105 rs.

Cours de métallurgie générale professée à l'école des arts et manufactures et des mines, annexées à l'université de Liège, par Ad. LESOINNE, rédigé sur les notes du professeur et augmenté de renseignements nouveaux, par Aug. GILLON, ingénieur civil. Tome premier. *Première partie: Préparation mécanique des minerais*. Liège, 1860. Un vol. in-8°, et atlas, 50 rs.

Henry Blaze de Bury: Intermèdes et poemes. Paris, 1859. Un vol. in-12, 13 rs.

Alphonse Esquiros: La Néerlande et la vie hollandaise. Paris, 1859. 2 volumes in-12, 26 rs.

Souvenirs et correspondance tirés des papiers de Madame RÉCAMIER. Paris, 1859. 2 vol. in-3°, 64 rs.

Grégorius, traduction de F. Sabatier. Les tombeaux des papes romains, précédé d'une introduction de J. J. AMPÈRE, de l'Académie française. Paris, 1859. Un vol. in-12, 13 rs.

Histoire de la dernière capitulation de Paris, rédigée sur des documents officiels inédits, par le Baron ERNOUF. Paris, 1859. Un vol. in-8°, 25 rs.

Correspondance inédite de Mme de Deffand, précédée d'une notice, par le marquis de SAINTE-AULAIRE. Paris, 1859. Deux volumes in-8°, 64 rs.

Le Parlement de Paris, son organisation, ses premiers présidents et procureurs généraux, avec une notice sur les autres parlements de France et le tableau de MM. les premiers présidents et procureurs généraux de la cour de Paris (1334-1859), par Charles DE MARE, ancien magistrat, chef de division au Ministère de l'Intérieur. Paris, 1859. Un vol. in-8°, 22 rs.

Les juifs en France, en Italie et en Espagne: recherches sur leur état depuis leur dispersion jusqu'à nos jours, sous le rapport de la législation, de la littérature et du commerce, par J. BÉDARRIDE, batonnier de l'ordre des avocats de la cour impériale de Montpellier. Paris, 1859. Un vol. in-8°, 32 rs.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière, — editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *El Rey de las Tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 209. — *Guillermo*, por D. Antonio Marco y D. Martin Petrea, pág. 213. — *Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 215. — *Historia ilustrada de la Guerra de Africa*, pág. 218. — *De la Guerra en Africa*, por el general Yusuf, pág. 219. — *Sección científica*, pág. 220. — *Crónica extranjera*, pág. 224. — *Crónica española*, pág. 222. — *Crítica teatral*, pág. 223. — *Bibliografía extranjera*, pág. 223. — *Boletín bibliográfico*, pág. 224.

Advertencia importante. — La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 6 cuartos en Madrid y 8 en Provincias.

Otra. — Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohibe su reproducción en todo ó en parte.